

# los grandes caciques de la pampa



luis  
franco

*Contino*

ediciones del candil



*LUIS FRANCO*

**LOS GRANDES CACIQUES  
DE LA PAMPA**



*EDICIONES DEL CANDIL*

## COLECCIÓN HISTORIA

1. Romero, José Luis. — *Latinoamérica: situaciones e ideologías.*
2. Franco, Luis. — *Los grandes caciques de la Pampa.*
3. Franco, Luis. — *La Pampa habla.*
4. Bosio, Jorge Alberto; Gobello, José. — *El atorrante.*
5. Muñoz, Goti. — *Toros y toreros en el Río de la Plata.*

## COLECCIÓN NARRADORES

1. Arnoff, Renato. — *Cuentos para niños grandes.*

## COLECCIÓN LETRAS

1. Jitrik, Noé. — *Escritores argentinos: dependencia o libertad.*

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO:  
EDITORIAL SCHAPIRE S.R.L.

# INDICE

Prólogo y promesa .....	7
El desierto del indio .....	11
El caballo del desierto .....	19
El gran Painé .....	25
Baigorria. Yanquetruz. Los ranqueles.	
Calfucurá .....	47
Calfucurá y Rosas. Calfucurá, Urquiza y Mitre. El Waterloo de las tacuaras.	
Cipriano Catriel .....	69
Mariano Rosas .....	79
Un coronel literato y un cacique de poncho inglés.	
Pincén .....	93
Saltueque .....	103
Namuncurá .....	115
La vincha imperial. El malón de los malones. El comienzo del fin.	



## PRÓLOGO Y PROMESA

Huelga decir que las breves páginas de este libro no tienen por objeto una recreativa evocación de lo que fue. Ya la historia no puede tener ese objeto. Toda incursión en el pasado que no lleve por finalidad esclarecer nuestro presente y el camino de salida hacia el futuro, no tiene razón de ser.

*Los grandes caciques de la Pampa* es sólo una especie de primer capítulo de *La Pampa habla*, libro en que el autor se impone una baja tarea que todos han desdeñado hasta hoy: destapar las raíces de la propiedad terrateniente argentina.

Para quienes sinceramente se interesan por averiguar algo sobre los secretos de nuestro pasado y nuestro presente, constituye una especie de fuente de Juvencia del asombro el silencio guardado respecto al acontecimiento más trascendental de nuestra historia: la entrega de nuestro agro a la oligarquía nacional y a sus corresponsales de extramuros, iniciada por Rosas, continuada por el triunvirato Obligado-Alzina-Mitre y rematada gloriosamente por Roca y sus sucesores.

Esta última hazaña no tiene parangón en los anales estratégicos y tácticos de ningún país del orbe: 35.000 leguas cuadradas (¡el equivalente de 2 Suizas, 3 Holandas y 6 Bélgica y media!) repartidas como tajadas de un melón entre unas cuantas docenas de



patriotas argentinos y compatriotas *honoris causa* extranjeros.

El asunto no es propiamente como lo presentan nuestros textos de historia, ni siquiera como es recordado por algunos de los militares que intervinieron en la última campaña del desierto, aunque la denuncia del comandante Prado abra al pasar la entraña nauseabunda de la trapisonda.

Ya no podemos tampoco seguir arrullándonos con las sextinas del *Martín Fierro*, que no fue la personificación de un gaucho libre sino la de un ex peón de estancia, según él mismo lo afirma (estrofas 23-42, canto II). La sola redención posible del gaucho era trocarlo en patrón de sí mismo poniéndolo a él también en posesión de la tierra: y esto era justamente lo que menos iban a permitir los guardianes del Minotauco estancieril en cuyo favor Hernández escribe, después de su poema, su tratado sobre estancias. El *Martín Fierro*, si se mira a fondo, expresa la protesta de los estancieros contra el gobierno, que en vez de defender las fronteras (que eran las de los propios latifundios estancieriles) enganchando soldados, echando mano de la leva, dejando sin peones a los pobres dueños de las vacas. De ahí que enterrando el ímpetu rebelde de la primera parte, *Martín Fierro* termine con un consejo de cura párroco:

*obedezca el que obedece  
y será bueno el que manda.*

No, los paisanos que integraron los contingentes que lucharon contra el indio debieron obedecer convencidos por el látigo, la estaqueada, el cepo o el piquete de ejecución, y quienes los mandaban fueron tan buenos que esos gauchisoldados quedaron enterra-



dos en la Zanja de Alsina, en los hielos del Sur o en el buche de los caranchos del desierto, aunque los más afortunados se jubilaron como mendigos. En cuanto a los indios que defendían su suelo nativo, fueron alojados en el subauleo, los más, y los sobrantes premiados con el servicio doméstico o el castrense.

Tenemos, pues, que pasar por la criba todas las versiones del pasado y hacer cuentas nuevas. Las generaciones más recientes exigen una revisión a fondo de toda nuestra historia y nuestra realidad, no de este o aquel personaje, y no desde la extrema derecha conservadora sino de la izquierda demoledora y re-constructora, única Providencia que se compadece de las ruinas.

Si algo se precisa con urgencia entre nosotros es la formación de una conciencia puesta al día, es decir, sincronizada con la hora porque atraviesa el mundo ya harto de expolios y fraudes como Noé de diluvio. Los muros de la historia no pueden seguir indefinidamente tapados por avisos comerciales, religiosos o espiritistas, ni los hombres de hoy pueden seguir permitiendo que quienes los han destinado a menores de reformatorio se permitan aún esgrimir sus propias iniquidades para defender su régimen, como el zorrino usa de arma arrojadiza su propia fetidez.

Nuestras masas trabajadoras y estudiantiles deben aprender sin pérdida de tiempo algunas noticias de mucho antaño, pero aún inéditas hasta hace poco.

Que los secretos de la política de una sociedad de clases no son más penetrables que la tiniebla encarcelada en las tumbas. Que la multiplicación de los panes y los peces, y el sudor y el llanto convertidos en vino no son milagros de los Mesías desocupados sino de las manos proletarias. Que a un gran país

no lo hace la meta geografía, por opulenta que sea, según lo indican la India, patria de un pueblo en catalepsia, y nuestra Argentina de hoy, tan atrasada la pobre, que aún no ha inventado una industria ni una ideología propias, aunque haya inventado el tango, y al menor descuido debe importar papas, harina o ideas envasadas. Y sobre todo, que el solo mapa catastral de nuestro país constituye de suyo un programa de reivindicación impostergable.

Quien aspire a emanciparse debe comenzar emancipándose de sus legañas y telarañas.

## EL DESIERTO DEL INDIO

El Chile de la primera mitad del siglo pasado fue también víctima de bandidos, pese a su fama bien merecida de ser el país menos anarquizado de nuestra América. La Pampa era rica en ferocidades de otra índole — las guerras intestinas, los malones y los contramalones — pero no en la de pequeñas bandas de espionaje y homicidio y técnica atroz como la de los *de uchacaras* (despellejaban el rostro de la víctima para evitar su reconocimiento) como aquel que estuvo a punto de aferrar en seco a un viandante cordillerano llamado Domingo F. Sarmiento.

La más famosa de las bandas de esa época y con pavorosa actuación en ambos lados de la Cordillera fue la de los Pincheira, la mención de cuyo solo nombre obligaba a santiguarse a las gentes. Bien, el mayor Baldchenites (en 1857 estaba en las tropas comandadas por el coronel Emilio Mitre, que gozaba fama de ser la más mata-able lanza de ese ejército de dos mil hombres) era una unidad desprendida de la banda de los Pincheira y pasada al bando de la civilización. Allí en la frontera norte, en leguas más o menos circunvecinas del fortín Cruz de Guerra, al frente de un escuadrón tan ágil como el viento zonda y tan temido como un temblor de tierra, Baldchenites fue el protagonista de un sinfín de episodios que terminaron por volver su nombre tan abo-

recido por los indios que éstos evitaban a todo trance encontrarse en su camino.

### *El baquiano*

El coronel Emilio Mitre se hallaba acampado en Mézano de Acha sobre el Salado bonaerense, cuando recibió orden de expedicionar sobre los domos ranqueños. La empresa comenzaba resaca un poco más pelaguda que el cruce de la Cordillera, pues faltaba el baquiano que debía servir de guía.

El baquiano era casi siempre un indio traidor a su raza o un cristiano traidor a la suya o un ex cautivo de las tolderías escapado o salvado por obra de la providencia cuando no un aventurero que se era empleado al oficio por una acedidad de los señores que llevaba la magia.

Y en la llamada *traza adentro* la brújula no sirve, no sólo por la falta de magnetismo o descomentamiento inmaculado de aquellas volutas largadas de a mano de Dios, sino porque la brújula no puede indicar detalles que son de vida o muerte: el lugar donde está como un alfiler caído en el sahar la acortada de agua dulce o el cañadón pastoso o la leña del árbol o el monte y, no menos importante que todo eso, la ubicación de las tolderías incontables y separadas por leguas en que se reparte la sociedad salvaje.

El baquiano debe tener una memoria maravillosamente milagrosa para retener y distinguir como las uñas de su mano cada una de las sendas y los senderos que terminan apropiando como una red monstruosa al que no los conoce. Y tal vez ni eso basta y el baquiano carece de lo primero y lo último: el sentido

innato de rumbo, que el hombre primitivo pesca en comun con los pájaros, los peces y las bestias. Con ello está dicho que un buen baquiano se da con tanta tacanería como un buen general.

En resumen, que al exento expedicionario de Mitre le faltaba el baquiano, que era casi como saltarse las instituciones.

Solo uno de los jefes, el coronel Gorordo, siendo soldado de Lavalle diecisiete años atrás, y perseguido por una patricia enemiga, había ido a parar a los adarques ranqueños, donde pasara largas vacaciones. Sin embargo, los conocimientos que tenía o creía tener Gorordo, no eran suficientes a buen seguro. Más le importaba un veterano condecorado de canas y cicatrices, corto que treinta años atrás, siendo soldado del coronel Rauch, había llegado hasta la arisca patria de los ranqueles, y un gaicho de 25 de Mayo, ex cautivo de los indios, se dejó decir que la Patagonia era toda cañonera y que tiraban siempre hacia el noroeste se llegaba a los montes que él conocía como a sus propias manos.

### *Rumbo al noroeste*

Los dos mil hombres de Mitre partieron desde Méquino de Acha rumbo al noroeste siempre teniendo como meta a Laguna Trenel o del Recado, tan famosa entre los fieles como entre los infieles. Arreando sus gauchos y caballos y atestando sus carromos, la día siguiente expedicionaria caminó catorce días por tierra de pastos y aguadas. No era un páseo, pero tampoco era el purgatorio y mucho menos el infierno. Este comenzó al internarse en la verdadera patria de auca, defendida por la soledad, la sed y el espanto.

Se estaba para mayor penuria en el corazón del verano el ministro de la guerra que planeó y ordenó la expedición no comentó este deseo sin faja y los arenales echaban humo y calor de resaca y el polvo parecía humareda y las langostas de zancudos y tabanos eran como aliados de los indios defendiendo la patria común.

El 26 de enero llegaron a unos jagueres casi agotados que fueron excavados de nuevo. El antiguo volcadero de Rauch recordó que estos agujeros eran los mismos que el verano anterior habían excavado cerca del jefe negro y que de aquí a un día y una noche de marcha habían llevado a los indios cayendo en un granizo de trigo sobre la indolada. La yema trenel tenía que estar muy cerca.

La traza navajo desconfianza y fatiga. Bebió, comió y durmió a sus anchas y antes de partir volvió y marcó un descanso hasta las cinco de la tarde, en que se dio orden de alto.

La jornada resultó ya de aleccionar al nuevo partido. Ni la menor señal de alarma de alguna viviente. Descansó en esa noche desahogado por el cansancio pero ni así su sueño fue tranquilo porque ya el corazón quería treparse a la cascata serena.

A promediar el día siguiente ya el despertar comenzó a destapar los dientes como las fieras o los moribundos en las caras resacas. Terras cada vez más altas arenas y cenizas. A las y al, plantas sin fructa y cruzadas de ruidos. Hombres y caballos churlos de calor y fatiga y vestidos de sudor y un resqueñor creciente en las camantitas y los ruidos.

Hubo tanta. Corriendo los se en estos caminos no había estado nunca. El ex volcadero de Rauch comenzó a argumentar que en achas las de treinta años

atras contra los indios se marchaba de noche. El excautivo de los ranquenes confesó no saber donde estaba.

Gonzardo se adelantó a explorar el frente y los flancos mientras la tropa acamala en seco esperando con el resaca corto las resacas de los banderos. Volvió Gonzardo sin novedad alguna, como no fuera la de que se divisaban unas largas sombras tendidas sobre el horizonte arabeano. ¿Los montes indios?

Algunos sabedores se animaron a opinar que no era posible halla de paños en el amanecer no debía haber rastro de agua en varias leguas a la redonda, porque el agua y el paño son de igual a igual vida y alegría de vivir.

Al caer la noche se reemprendió la marcha, y a poco andar se pronunció la derrota. Caba os y perros caían un rudo asesinados por la sed. Como las carabinas se habian agotado har a rato, dos soldados tambien cayeron boqueando y seis mas desaparecieron.

Solo al amanecer dieron con la ceca de monte y con una charca de agua dulce. Los primeros en llegar se precipitaron como lobos sobre una cierva asonhalida. Naturalmente el agua no alcanzó para todos. Los que llegaron tarde alcanzaron a mojar la lengua o a chupar barro o a embarrarse cara y manos bebiendo o fresco. Así y todo la represa fue llamada Providencia.

Hubo nueva junta de jefes. ¿Que hacer? Seguir adelante podria ser quizá la salvacion y aun la victoria. ¿Pero cómo saberlo? En caso contrario significaria la muerte sin entierro para todos. Emilio Mitre pensó que volver sobre sus rastros era la derrota, pero no quedaba otro albur de salvacion mas o menos



probable de las dos mil vidas puestas bajo su guarda. Además, ¿no habían estado en todas las convergencias la fuerza de la energía, el sufrimiento y el coraje humanos?

Después se sabía por el barómetro que debía ser viles de mañana y arribar a destino, que los expedicionarios habían llegado a ocho leguas de las bocanetas del río Coarito, y que la segunda noche habían tenido agua a solo tres leguas de distancia.

El claro prometía la contramarcha.

Pero antes había de arbitrar la misma diligencia que podía ayudar a la esperanza. Había cuenta de la rapidez de halcón de sus desdichados. Habían que fue elegido para la misión provincial una de los mejores entre los caballos sobrevivientes los pocos cañones iban de galope o de trote, cargar todas las municiones y los efectos, deshacer en el minimum de tiempo el camino hecho en tres días y tres noches, hasta Los Jagüeles y volver sobre el río en socorro del ejército en retirada.

### *Sin esperanza*

Esa no fue menor sañada ni aun con el sostén de esa esperanza. No quedaba en efecto mucho margen para la misión. Cuarenta leguas de sed, cuarenta horas de coquearse con la peor de las muertes, la que llega amadrinada por la fiebre y la locura!

Se tomaron las precauciones más aconsejables, enterrar parte de las municiones, después parte de la artillería. Pero el camino no fue ni enojo, ni crisis por eso. Vacunos y venados caían como hojas quemadas por la helada o pájaros ahogados por el incendio.

Al día siguiente los soldados comenzaron a no prestar oído a las voces de guerra, y a fin terminaron desbandándose y marchando a la de Dios, que es ganar. Solo Gortondo y los suyos tuvieron la suerte de dar con un cañón al bellobo hueco que la lluvia llena y que a indios señalar con una tará para reconocerla. Como después caramaboras y chales respetos, no de diamantes o perlas sino de agua, es decir del nectar de vida, el más delicioso y hermoso que los desgraciados hombres conocen sobre la tierra. El resto de la tropa seguía luchando por no morir echando el resto. Las gargantas se volvían aspéras como cardas y dolían como viejas heridas resacas, y ya comenzaban a aparecer las flemas precancerosas de la agonía.

Así llegó la tarde del día segundo, cuando hacia el oeste el horizonte comenzó a parpadear primero y después a emponcharse de nubes que fueron ganando espacio hasta tapar el sol, y el trueno acorde celestial esta vez retumbó mucho más en sus corazones que en sus oídos.

Las inminentes víctimas, semihumadas por el polvo, tendían las manos, los pechos o los labios por alcanzar un chisquite de lluvia, y la lluvia vino. Gotas pesadas y pausadas que caían como humeando en el polvo y que los soldados, con ojos de alucinación, recogían extendiendo sus pechos y las lenguas.

Pero no pasó a más: las gotas cesaron, y ralearon las nubes y se volvió la cara como si sacara la lengua por huida, y los serpientes no chuparon agua al apicar sus hocas a los pechos sino barro y tinta. Habían perecido ya nueve hombres y cinco mul caballos y todos los vacunos y las vacuas.

Al fin, casi en el umbral de la noche, una polva-

vida se alzó frente a los peregrinos del desierto, y un presentimiento inmenso unimano todos los latidos. «Sería el escuadrón volante de Baldebenites? Era. El mundo volvió a nacer y la vida se mostró mas edénicamente hermosa y dulce que nunca cuando el escuadrón volante asomó sobre el umbo de un medano cargado de chifles y cantimplores de misericordia.

Así fue cómo Baldebenites, el pavoroso ex compinche de los Pincheira, la lanza mas devastadora de la frontera norte, hizo de samaritana, digo de dadora de agua de vida.

## EL CABALLO DEL DESIERTO

Al alzarse sobre el caballo el indio pampa cumplió una hazaña no vista en ninguno de los pueblos aborígenes de ambas Américas: librarse de la servidumbre, ser tres siglos al menos. No fue por cierto un galardón fácil ni de buenos gravidos. No fue en efecto, sino un desafiado juego de pujanza y de lanza como el mero recolector de ventos o flechador de peces pudo trocarse en cazadero millonario o si preferís en cazador bueno de vacas maptes y niños cristianos. Para ello debió comenzar por librar la flecha y la macana y dar a la lanza y a las boleadoras un alcance desmesurado. Hazaña que valiere otra no menos inédita: hacer del caballo un proyectil de guerra.

El gaucho, uno de los más irrepugnables jinetes del mundo, no tuvo necesidad de ahorrar caballos y menos de educarlos a fondo. La Pampa verde no era solo el hiextremo sin vallas sino también el paraíso terrenal del caballo por la abundancia de pastos y de agua, por la benignidad del clima y por la ausencia de fieras.

En la pampa india, tan indigente de agua como sobrada de médanos, la cosa era distinta. El caballo no era materia prima para el abuso manifiesto. Al contrario, había que cuidarlo y cuidarlo como a la rima del om. Y como vio la ocasión y venta a de hacer de él el motor de su guerra y su vida, advirtió la

forzosa de someterlo a una educación extrema de integridad y exigencia. El indio se muestra a la altura de su cometido hizo de caballo que no le va ni volvera a hacer ningún hipólogo de mundo un proyección.

El pampa advirtió desde el comienzo que en la disputa con el cristiano por la posesión de las vacas y otras hierbas, la alianza con el desierto era el argumento decisivo. Ahora bien para retroceder al desfondado e inhospitalario desierto antes de secretar al huanca era indispensable proveerse de un caballo capaz no sólo de salvar con éxito un medio centenar o un centenar de leguas tan secas de agua como de pastos, sino de llegar en condiciones de lucha con éxito y regresar sin demora.

Que la exigencia era desafiada y quizás abrumadora? Desde luego. Por eso es que el indio orlino someter al caballo a un tipo de gimnasia y de educación que demostrase y aun triplicase su poder. Digamos por delirio inventario de nuevo. He aquí el catecismo de esa hipoteca alfabetizada. 1º El indio no doma al caballo lo amansa. Es decir lo trabaja lo acaricia lo manosea desde chico lo habla lo entiende, lo ensina y desensila sin montar. Cuando lo monta, el caballo lo recibe casi como algo esperado no como un trueno en el o lo según ocurre con el caballo gaucho. 2º El indio galopa al caballo todos los días y en número creciente de horas. 3º No lo hace galopar o trotar sobre lo seco y firme sino con preferencia sobre los medianos barrancos o sizerche-ras o serrentanos entre cadenas y ríos, o sobre tepalcando y bajando lomas pedregosas. 4º Lo galopa con las patas trabadas, de modo que el caballo tiene de a correr a saltos, a lo guanaco o venado. 5º Ni

el medano, ni el fango, ni la vizeachera lo toman sin aviso ni respuesta. Al revés del caballo gaucho, el del indio no queda jamás. 6. Con esa gimnasia sin concesión ni tregua, el caballo indio termina por desconocer la fatiga: puede cubrir distancias que reventarían a tres caballos comunes. 7. Como se acostumbra por grados a pasarse días enteros sin probar paste ni agua, no hay ermitaño ni guanaco más aguerrido para el hambre y la sed que el caballo de auka pampicano, también como el guanaco, puede beber agua salada. 8. Caballo hecho a pasarse horas y días atado a un poste, se queda inmóvil como una estaca allí donde le bajaran las nendas: el indio puede alzarse sobre él para examinar el horizonte usándolo de escalera, o puede dormir sobre su lomo como sobre una balsa llevada por las aguas. 9. Ladeándose sobre un costado para equilibrar la carga, ese caballo puede galopar llevando al indio pegado al otro costado, sosteniéndose de su cuello con un brazo y de su cañera con un pie. 10. Finalmente, entre auro y caballo hay una hermandad no quebrada por ningún otro: etc. Le hace tragar puñados de sal. Le saca a los riuales para que trague mas aire y leguas. Le enseña a no admitir otro monte que su dueño, a galopar suelto a su costado, a entender su idioma mapuche de voces, rebidos y ademanes.

Caballo innumerable pues, va que hace de caballo, de mula, de ñandu, de cama, de mangrullo y puede galopar un día y una noche sin comer ni beber, ni rodar. Examen que no aprobaron tartaros, cosacos ni mamelucos.

Se explica, pues, que los gauchos creyeran a pie juntillas que el indio había embriagado a su caballo, pues que enfrentarlo al revuno de los españoles o al patrio

de los enojos era como enfrentar al cóndor al chimango. Y es la excitación contra de los exiles napoleónicos del indio contra la civilización a lo largo de dos siglos.

Todo esto sin olvidar que la economía del pampa se asentaba decisivamente sobre el caballo: este le dio su potaje de carne, su brebaje de sangre, su bota de potro, su poncho sobado, su toldo de cuero. Formidable peatón había sido siempre el inca, a caballo pudo ir a donde iba el viento, de un océano a otro.

No se extrañe, pues, que en la pampa india se vieran pruebas hípicas sin precedentes posibles como aquella que se dio frente a la sierra de Tinta, contada por el mayor Cornel. El cacique Calfao sorprendido en su toldería por el asalto traidor de los nuevos amigos, consiguió escanar y partir sobre su zaino pagare devando en ancas a su hijo de 18 años, cada cua con su lanza. Se le echán a la raga algunos de los gauchos mas profundos de las pampas de sur. Panchito el Sato nada menos entre otros le bolcan el caballo, lo persiguen tres leguas a través de un inabarcable lomaje y terminan aplastando sus fletes: el de Calfao sigue como si recién se echara detrás de un lánida. ¿La figura de tamaño caballo? Oreas en pie ocos como independientes uno de otro corvejones de manaco, el cuerpo todo una panoplia de musculos y vasos ingastables de cavador de leguas. Con penecos de esa lava no es mucho que pudiera hacerse un pasento de cien leguas.

El indio era un viajero casi desnudo de equipaje, cuando no de ropas y montura. Esta liviandad aguijaba la del caballo. Al trocarse en caballero, el araucano desechó maza, escudo y flecha, pero no sólo acreció hasta los dieciocho pies la estatura de su lan-



za, y en algunas varas el alcance de sus boleadoras, uno que mil, o por mil su radio de acción. Y a veces que el caballo se permite saltar de la pobre economía recolectora y cazadora a la industria mulonaria que era el cuatremismo en las llanuras del otro lado de los Andes. Se explica pues, que el pampa se sentara en su caballo, como un rey en su trono. Declara — dijo de el Head — que la actitud mas soberbia de la figura humana es cuando agachada sobre el caballo atropella al enemigo." En todo caso el espectáculo del malón es de la mejor ralea epica, la grandiosidad y el horror lo asisten por partes iguales. Tiene sesenta u ochenta leguas de profundidad, y arriba como si recién partiera. El aura sabe que su galope no es tan veloz como la bala del huaca, pero le gana en alcance mil veces. Lo denuncian desde lejos el alerta de los chas y la polvareda semejante a humo de incendio. Trae de vanguardia el espanto galopante de ñandues y gamas, rebres y pumas, caballos y perros cimarrones. Y llega con su alarido tartajoso, es decir, palmado sobre las bocas: el ruido más macabro escuchado en la Pampa, y con ese olor a indio que espanta, como el cascabel de la víbora, a los caballos cristianos. Su lanza que usa gorguera de plumas, y a a que imprime un temblor vibratorio que suele hacer saltar los sabies y los corazones del adversario, infunde un recelo de peste, pero apenas se quedan atrás a las boleadoras, que son lazo, clava y grillete a un tiempo.

En cualquier caso, el malón equivale casi siempre a la teca, la langosta y el incendio juntos. Cuando se retira deja a la zaga la quemazón y la sangre como el sol deja el bermellón del ocaso.



## EL GRAN PAINÉ

### Yanquetruz

En 1812 la todavía pequeña tribu de los ranqueles —que no carecía de desafortunados pecheros— estaba gobernada por Mascara Verde. Un día llegó de Chile el cacique mapuche Yanquetruz. Acreditado ya en la tierra como un campeador invencible, el ranquel no lo fue: el cacique no tenía el gobierno tribal que él se lo había ganado.

Las fronteras de Cuyo, Córdoba y Buenos Aires no tardaron en conocer los estragos de su lanza.

Cuando hacia 1820 los caudillos federales del litoral terminaron desavenidos entre ellos, el de Santa Fe se alió con Buenos Aires y Córdoba contra el *Supremo Entierro*. Por ese mismo pacto debía ser entregado o desarmado el otro socio de López y Ramírez, el cheleno Carreras que capitaneaba una pequeña hueste de empuñados y aventureros con la que pensaba invadir Chile. Cuando se llegaron ecos al *Puerto de Buegas*, Carreras levantó su campamento dispuesto a intentar, a través de Mendoza a Mendoza, como pensaba avisarse de recursos para el avance a tierra por Chile no trópido entenderse con los indios ranqueles, sobre la base de facilitarles la toma de pueblo de Santa, cuya guarnición era de 40 hombres que podía hacer frente a las lanzas, pero no a los faciles, terminó capitulando bajo la condición de respeto a las vidas. La mayoría del

vetandano había buscado refugio en la iglesia del pueblo. Los indios hicieron saltar el portón de entrada a golpes de ancas de caballo y las paredes del recinto sagrado resultaron pedruzcos para contener la marea de la violación, el expolio y el degüello. El mismo Carreras —según el historiador Vicente López— escribió a su esposa contando que él había tenido que recoger dos niñas de diez y de ocho años y darles su propio lecho esa noche.

El éxodo de los ranqueles fue como un río saúdo de cauce y arrastró todos los despojos que pudo cargar. Y doscientas cincuenta mujeres, sin contar los niños, fueron invitadas a trasladarse a la capital ranquel a través de ciento cincuenta leguas de arena polvo y espinas.

Carreras podía felicitarse de su Chacabuco pampeano.

El cacique ranquel fue llamado desde entonces grande —*! uta Yanquetruz*— y Rosas, más tarde, quizá envidioso, lo llamó "el feroc".

En la campaña nombrada del desierto, concebida y regentada por Rosas en 1833 y militarmente ejecutada por Pacheco y otros jefes, el ejército de Norte a las órdenes de Aldao, el ex fuerte machetero de los Andes, debía aniquilar a la pequeña y bravia tribu de los ranqueles, que podía cortar la ruta al ejército porteño que operaba sobre los ríos Colorado y Negro. Aldao combinó un plan estratégico por el cual los ranqueles o gente del total —atacados por el norte desde Córdoba, por el oeste desde Mendoza y sin posible retirada hacia el sur ya ocupado por el cuantioso ejército de Rosas— debían ser destruidos como langosta saltona en una zanja.

Yanquetruz, conocedor veterano de cuál era la cha-

veta floja de los generales de la Cruz no perdió la estrudada cabeza. Con velocidad de viento zonda se arrojó sobre el camino de Córdoba. Sus bomberos no tardaron en descubrir la presencia de los invasores. Junto a dos arunas próximas entre sí, llamadas *Las Aulladoras* tuvo lugar un entrevéno que resultó más largo y sangriento que una batalla y quedó sin decidirse en favor de nadie.

Solo que el viento estaba en favor de sus hijos y Yanquetruz no sacó las máximas ventajas de ese favor trocándolo en avaria usando su polvo su sed y su desorientación como armas defensivas obligando al invasor a retirarse picandoámonle los talones disipándole parte de las vaquillas del abasto y los cargeros, cuando no los caballos de pelea.

En la laguna de las Lientas, no lejos de la del Cuervo sus enhioscados guerreros habían brincado junto con el viento, sacudiendo sus saetas de plumeros rojos sobre los invasores forzándolos a la retirada estratégica.

Furioso ese peligro del costado norte Yanquetruz sin pérdida de tiempo y sin atisbo de temedades se lanzó hacia el Chad Leuvú a dar la bienvenida a las tropas meneguinas y sampauninas de Aldao. Con maña tal vez sugerida por Gualicho, las indujo a vagar menesterosamente durante seis meses con boleto de ida y vuelta, a lo largo del río de salmuera forzándolas a derrotarse solas. Sus pérdidas sacó él, también pero un día definió las cuentas cayendo sobre el destacamento que guarnecía el Vado de la Balsa y pasando a cuchillo a oficiales y soldados con excepción de uno que sabía nadar y cruzó el Chad Leuvú esparciendo la noticia y el espanto.

## *Éxito completo*

Se ha actuado en injusticia o cuando menos en exageración echando el peso mayor de la culpa a las excusadas abdicaciones de Aídao y a la pompa de general monárquico de Ruiz Huidobro, jefe de las tropas de Conitoba, que hacia la campana en carroza.

La verdad es que el encuentro de Las Acomatadas fue muy duro para los indios y no demostró, ni mucho menos, que Huidobro fuese más inepto que las docenas de jefes que antes y después de él sacieran mal parados ante las lanzas empunadas. En cambio, como es obvio, el peso mayor de la culpa debe recaer sobre el comandante en jefe de ambos ejércitos de operaciones, don Juan Facundo Quintoza. ¿Es que podían no importarle las depredaciones, peores que ciclón o peste de los indios sobre las poblaciones civilizadas? ¿O creía que el juego de las tacuaras era cosa de pacotula, y no, según lo demostraban los Lechos, algo tan peligroso como los "pasos de contradanza" de Paz en Oncativo? Dice que Quintoza se burló acerbamente de Huidobro alzando los brazos al cielo: "Pero qué caballos van a bastar para un general que viaja en otera!" E, v supiero era bueno, sin duda pero el vituperado podía retrucar a su vez.

Dónde se ha visto un general en jefe que dirija sus campañas desde su casa o desde la mesa de juego!

El éxito de Yanquetruz fue bilateral, es decir, completo, o si se prefiere, redondo como mataco bola. He aquí una apreciación de veracidad insospechable formulada por alguien que combatió contra él: el coronel Jorge Velasco, del ejército de Aídao: "Yo diré cuanto que en todas estas Américas haya hombres más pronto y de más inteligencia y perspicaz vista para estas

corrientes de rapina que estos indios y al mismo tiempo de mas seriedad entre diez y veidura para presentarse ante el enemigo con sus armas tan indolentes, cargarlo confundiendo con su agachara y este polo vencerlo con la mayor prontitud.

Se oia que el coronel Delgado tuvo suerte muy distinta y que si es verdad que su comandante general se atrincheró en este lado de Colorado sus tropas resistieron hasta el Negro y sus avanzadas alcanzaron los margenes del Neuquen y que Rosas pudo dejar a licenciar sus fuerzas que cubrian las tierras del sur entre el rio y los Andes, libres de salvajes por fin quedaban disponibles para la civilizacion.

Solo que esto mismo no pasaba de una tumbón heroica porque si bien diezmatados y escarmentados al principio los indios volvieron poco a poco sobre sus paños.

Ese mismo año 1854 en que el *Heroe del desierto* lanza su proclama de victoria ocurren dos hechos altamente significativos. Por un lado un cacique recién venido de Chile ataca y destruye a la tribu de los vorogas con permiso y en combinacion con Rosas lo prueban los documentos de Archivo de la Nacion y del Archivo Mitre y se queda para siempre en las pampas. Se llama Juan Callicura y está destinado a ser por cuarenta años la peste de las vacas los almacenes las mujeres jóvenes y los niños de la cristiandad patagónica.

Por otro lado, y si bien es cierto que el comandante Delgado por orden de Rosas invadió las tierras ranquelinas tambien lo es que no logró estrecharle el cerco ni menos la mano al más infiel de los caciques, y que al año siguiente mientras la legislatura porteña condecoraba a Rosas con la isla Choele Choele por



haber redimido de indios el desierto Yanquetruz llevaba sobre los pueblos de San Luis la mas araucana de sus invasiones.

¿Es que Yanquetruz era invencible? No tanto. El dios del amor más fuerte que el de la guerra, suele complacerse en domar a los guerreros indomables, sobre todo si los halla un poco ablandados por los años. En efecto, ya en edad avanzada, Yanquetruz se enamoró volcánicamente es decir, babeando lava — y quería incorporarla a su haren— de Águila de Oro (*Mulacalquin*), doncella de trece años hija de cacique ranquelino Yanguelen, que la tenía prometida a un cacique de Salinas Grandes. Para evitar que Yanquetruz hiciera lo que David con Betsabe Yanguelen se trasladó con su tribu a las cercanías de Junín y firmó pacto de amistad con los cristianos que se apresuraron a ascenderlo a teniente coronel, con uniforme y todo. Yanquetruz murió poco después, no se supo si de amor a *Mulacalquin* o de odio a su padre.

### *Paine*

Yanquetruz debía como heredero de la vincha de mando sobre todos los ranqueles a su joven hijo Pichun, aunque reconociendo antes de morir que las únicas lanza y cabeza a la altura de las suyas eran las de *Painé Guor*, o *zorzo ceaste*, hijo de Cuayn Guor, nacido en Guada laguna cercana a Leuvocó.

Con asentimiento de Pichun, *Painé* fue elegido cacique general y así fue cómo fundó la *Dinastía de los zorros*, que tanto daba que hacer a lo largo de cuarenta años, a los generales cristianos, desde Lucero, Aldao y Saá hasta Vedia, Emilio Mitre, Paunero,

Arredondo, Mansilla y Roca, sin contar a Raedo y el remanente, que lograron destronarla al fin.

Paine asumió el poder en 1837.

Al revés de tipo araucano común era alto, macizo y de enorme cabeza, cierto aire de agarrado, pose a lo arreado de sus canchales, como en todo jefe de desierto hecho al caballo, más que a sus pies, desde niño. Cara afeitada por los saldos, nariz morruda y medio corva y ojos centeseantes, todo entre orejas de gran contorno de que estaba ufansimo como seno de buena raza. Su voz era tan vibradora y gigantesca como su ánimo. Vestía uniforme de jefe argentino y botto de manga negra rinceado de oro.

Su ferocidad nativa de araucano y su sed de sangre cristaliana seme ante a la sed de sangre de oveja de guerra, sólo contradecía raras veces el instinto de justicia y el impulso generoso.

En 1838 Paine convocó en Languel a los jefes de la nación ranquelina y se resolvió tomar venganza de Yanguelén. El ejército se puso en marcha bajo el comando de Paine. Pero Yanguelén avisado por sus espías con un enorme rodeo, cayó sobre la tropa y lo se persiguió y se llevó cautivos a dos hijos suos y a Paguitaz, hijo preferido de Paine.

Paine cedió de indignación y de aguardiente, capitaneó una pequeña expedición, con rapidez de zonda llegó a Languel y se abatió en dar tiempo a nada sobre los tóndos de Yanguelén, cuyo sacrificio no pudo remediar lo irremediable. Paguitaz el futuro Mariano Rosas, había sido enviado de regalo al no nayo simpático amo de Palermo.

Paine era enemigo del gobierno de Palermo no sólo por la apatrecencia de este con el de Salinas Grandes sino mas sin duda, por los recuerdos de años

atrás, cuando por atento pedido de Rosas los cordobeses y los cuvanos habían intentado liberar de ranqueles la tierra. Esa tierra los llevó a Yanquetruz y a él a dar albergue y protección a Baigorria, ex oficial de Paz, y a todos los unitarios que buscaban su amparo. Paine, pese a su impetuoso araucano, tenía, a la manera árabe, una especie de culto religioso de la amistad y la hospitalidad. Terminó por reconocer a Baigorria una independencia de caudique y considerarlo un aliado.

### *El territorio de los ranqueles*

El territorio del califato ranquelino, visto en el centro del mapa de la república, abarcaba quizá más de mil leguas, limitando al norte con los arriales de San Luis y de San José del Motro, al este con la línea de fortines de la civilización, al oeste con la cordillera y al sur con el dominio de Salinas Grandes, que llegaba hasta Nahuel Mapu.

Los ranqueles ocupaban los lugares más estratégicos de los semidesiertos del centro del país, tanto para el ataque como para la defensa, custodiados, mejor que por fortines, por las distancias sin fondo, las travessas sin agua y los bosques de Nahuel Mapu, Malal, Nanicó, Trapal, Postahué, Minacó o Cuero Trenel y Leuvicó, defendidos por los aguajes.

El dominio ranquel tiene en sus bosques el pasto, la leña, el agua, la sombra y la caza menor, sin contar el canto de los pájaros. En las travessas tiene la caza mayor —guanacos y gaudices— y sabiendo encontrarla el agua. Los desiertos ranqueños son la gran debilidad de la patria ranquel, pero a la vez

constituyen su casi imbatible defensa —una especie de Murala China, con sus distancias y su azul, con sus guadales de polvo en verano y de todo en invierno que sorben como una boya las patas, y en ocasiones el cuerpo de las reses mayores.

Los desiertos, de puro polvo o puro médanos a veces, están moteados de islas de chaparral, tacas, retamos, piquilines y algarrobillos. La selva propiamente dicha está integrada por molles, sombraditos, ramos, las talas y n. que decimos por el siempre torrido calden y el algarrobo, gigantesco a veces hasta poder dar sombra a un regimiento y generoso de racimos dorados suficientes a nutrirlo o embargarlo. Todo esto sin contar el embudo azul infinito de sus ananas y sus viboras, sus jazmines y sus paravitas y su clavel del aire que parece la flor de los ángeles y su torcaza que parece poner en música el latido humano.

En el seno abierto de los bosques, o en la dehesa de los médanos y cercadas de juncos totoras y alforas, las lagunas ajenales de estas tierras secuestradas, las lagunas siempre custodiadas por esguas y garzas del color del día y flamencos de color de la aurora y navegada por cygnos e-elmegros y a veces incluso los coccyz cuyo estridor de picos y de alas es el ruido que rivaliza con el de las oradas en el empeño de escandalizar el silencio de las soledades.

Pero veámos que los bosques dadores de sombra y fría son como un desquite de las acerrimadas travesaías al diurno sólo a lo que ocurre de día. De noche es otra cosa. De noche el bosque se trueca en el señorial hogar del tigre araucano, de mucho más avera que el vaguareté de los guaraníes y el uturuncu de los quechuas. Sin contar que el bosque nocturno es también, y sobre todo, el reino sin fondo de las apa-

riciones y voces del mas allá. Y nadie se atreve a penetrar en su seno, como no se trate de cautivo que vive emborrachado por la añoranza de su hogar y su libertad para apartar solo con la muerte o la muerte.

A su vez y pese a todo lo dicho, el desierto tiene alma para quien pierde el miedo y busca y busca su hermosura y su amor a través de su conocimiento. Ahí están sus hijos predilectos, el guanaco y el llama con su carne que puede salvar de los azules mortales del desierto, y el primero con su lana que conserva un poco de verano en pleno invierno y el segundo con su pluma que es como nube o corralateral al viento.

Y ahí está el caballo ranquel, fraguado en colaboración por el desierto y el indio, ese caballo con aire hambreado o agotado y que de pronto al simple roce del talón o la voz sale de sí mismo como el relampago sale de la nube. Porque el secreto de las hazañas del indio lo constituirá casi del todo ese caballo que puede galopar sin hundirse — a saltos de gama — por los guadajes y lo que no vale menos, puede resistir tres días de marcha hasta "llegar a la primera aguada".

Zebales. Ese zebra abigarrado o caballo sin farsa, como llama el indio al que monta en sus peleas, es mucho menos caballo que guanaco.

Frente al desierto, las huestes cristianas o mejor dicho sus gentes es de ideas ensaxadas debían fracasar y fracasaron con reiteración feroz. Se cargaban de barajas y cañones en lugar de apretar su tren a máximo, trencando el número de lomos y remos cabaleros y sobre todo, comenzando por acorralar el mayor número de potencias del terreno invadido, como una compañía se apodera de la vida y miembros de su vecina. Es decir, la farsa cerebro cultivado. Porque lo tuvo, el general Paz pudo palverizar no solo a Bus-

tos, Facundo y Echagüe, sino a las montoneras más iracundas de la Sierra de Corrientes. Pero el caso Paz fue único en nuestra historia y nunca intentó repetirse.

### *La moral de Zorro Celeste*

Ya dijimos que el hijo directo de Pané, el joven Pequittá, bautizado Mariano Rosas, había sido aprehendido por Yanzacien y enviado de regalo a Facundo, desde donde le mandaron de peon a la estancia del Pano.

Tanto la circunstancia debía frenar y frenó la actividad militar de Pané hasta el punto de no dirigir ningún malotruismo. Arbitró una treta para rescatar ese niño y satisfacer las ansias de su corazón y las de su tribu. Envió ante Rosas al cacique Humichan con el regalo de varios cautivos entre ellos algunos de los tomados en 1820 en el Salto. Pero don Juan Manuel cruzó a traición de la entrega de Mariano Rosas la del salvaje unitario Baigorria, huésped honorario de los ranqueles.

Pese a todo lo que el perdía o podía perder en este juego Pané no cedió. Y aquí es imposible no detenerse un momento a ponderar esta actitud del salvaje contrastándola con la feonía de tantos crímenes de la época que llegaron por interés o por miedo a los dos mayores desmentidos del hombre: a denunciar o entregar a la muerte injusta e infamante a sus compañeros o amigos cuando no a criaturas sin más defensa que su candor.

Zorro Celeste negándose a traicionar a un amigo de otra religión y otra raza, pese a que en ello se juega

la recuperacion de su propio tipo'. Por este solo hecho se vuelve acreedor al olvido de buena parte de sus vicios y barrabasadas y se pone por encima de la moral de la mayoria de los otros cristianos o indios de su época'.

Hacia otro motivo de desencuentro entre el amo de Parícuti y el señor Lázaro. Era la voluntad del primero con la futura que cultivaba pretensiones de hegemonía sobre los insubornables caciques de Yanqueitraz. Por si acaso, Pané mantenía una guardia permanente en Sanhué Malanda al sur de la zona de *Parí de los Tigres* con el ojo puesto sobre *Sanitas Grandes*.

Sin duda Callucata no se atrevió a invadir por su sola cuenta a los ranqueles sabiendo mejor que nadie los puntos que calzaban y se descalzaban por intrigas ante Rosas y para sacar las castañas del fuego con zarpa ajena. Como ya legaba el interés o le la vanidad padeció llevar a *Pedro Aul* a esa lavina suicida en que cayeron tantos infieles cristianos o araucanos (poner en balanza de palpero la causa sagrada que leían defender.) El hecho fue que desde *Bella Blanca* y bajo la protección de los indios *federales de Sanitas* el más gaucho de los comandantes rosistas y el más gigante o baquiano de su época, Pancho el Sato, o si se prefiere, el señor coronel don Francisco Sosa se lanzó sobre tierras ranquelinas y consiguió acuchillar al cacique Piobun en Nahui Mapu sembró la alarma y la pesadilla en muchas leguas a la redonda y regresó arreando prisioneros indios y vacas pampas. (Como Queroga los Rinale los Maza Cuilen José Moreira —el asesino de Maza— Zelartayan y tanto otro servidor de la Restauración, este comandante Sosa, según Rivera Indarte,



Hudson y Barbara también marso por orden bajada desde la Sana del Poder.)

Pané bien diplomático a su vez buscó despejar aperl puerro sicente pendiente mediante la alianza matrimonial de un hijo del general ranqueño Picu con una sobrina del señor de Sarnas. La cosa salió y se cruzaron copiosos obsequios y juramentos de ambos lados.

Solo que Pané creía conocer tan bien a su flamante conyugado como al padrino de su hijo Mariano. No se dio por sobre sus lares de omáticos. Un año después, y pesada la verosimilitud de ciertos rumores, en vez de vacarear reclamos, tomó ciertas precauciones militares en la frontera. Desconfiaba a su vez, Callescá se apresuró a dar ese tipo de sinceraciones que suelen gastar las zortas de su caya, seych vincha o vinchero de pelo. '¿Cómo pudo creer nuestro conyugado que yo intentaría invadirlo estando allí, nuestra tierra?'

Parado el golpe, la alianza se mantuvo en pie y no fue ciertamente para bien de la cristiandad en los años que vinieron.

Las relaciones entre Pané y Barcena zozobrarón más de una vez con peligro de irse a pique.

Pané queriendo tener las manos libres sobre San Luis buscó asegurarse la frontera de Guadalupe. Al efecto, envió a su gobernador una embajada de paz rebucada por un gordo regalo de cautivos. Lomez (Manuel) simple aguacil a servicio de Palermo, contesto exigiendo como prenda de amor la entrega de Barcena. Faltó a su vez mostro al cacique una carta de origen oficial ofreciéndole la comandancia de la frontera contra los indios. No obstante, la alianza

entre ambos sobrenadó a todas las intrigas y malentendidos.

### *El coronel Baigorria*

El coronel Baigorria, ex oficial de Paz, salvóse de ser fusilado por Quiroga, en Mendoza en 1831 por habérsele quedado dormido en el calabozo. Después obligado a elegir entre los indios y la guillotina crió la de Rosas, prefirió lo primero.

Con el vasto huerpo de los caciques ranqueles instalóse en 1835 en los montes que rodean la laguna Tronel o del Recado y en torno suyo fue nuclearizándose un grupo creciente de cristianos infelices escapados de la zarpa funebre de la leva o del juez de campana, tueros refugiados políticos o simples prisioneros condecorados con un collar de crímenes.

Baigorria, sujeto de legendario armio y alto carácter a la vez, organizó aquella masa de unico modo factible es decir cediendo su parte a la barbarie como se cede a la corriente al cruzar al vago en río— para salvar algun resto de vida civilizada. El anciano don Simón Ezcheverria, hacá de cuta intonso oyendo los oficios divinos los domingos con asistencia de todas las mujeres y de no pocos hombres. El coronel a quien los indios obsequiaban todo libro requisado en los malones— ya un tragal va el "Farundo"— hacia celebrar las fiestas patrias con desfiles militares y banderas y corridas de carreras.

Baigorria se trocó en una especie de patriarca o cacique casi autónomo campeando por sus respetos sobre fieles como sobre infieles. ¿Restos de usos civilizados? Algunos. Muchos vecinos construyeron ran-

chos de adobe en vez de toldos. Hilado y tejido, desde luego, y una quasicosa revolucionaria: el abate de la agricultura. Cristianos e indios practicaron el comercio llevando el producto de sus cacerías o sus pillajes a los pauperses de los pueblos, que se encargaban de pagar y despachar a sus clientes. En cuanto a su gran protector y amigo Pa-né Baigorria lo había iniciado no sea en el arte agrícola sino también en los rudimentos del arte militar.

Había un aspecto eso sí, de la vida en semejantes condiciones que no era ni podía ser modelo de moralidad: el de la vida galante. Las cautivas eran esclavas totalmente desnudas de todo derecho, hasta de sus dase, y como tal se las trataba. El exceso brutal de trabajo, el maltrato de palabra, obra en parte de las indias celosas la dieta a base de sangre y carne vegetariana, los golpes o canchias (peor estas que aquellas) de parte de sus cerdudos y no menos maridos, todo eso tendía a abrumarles la vida o a fomentaries tan visible vocación de suicidio que obligaba a los indios a un celoso espionaje.

Los indios venían en cautivas jóvenes o de buen parecer a precios de jovería y los cristianos se piraban por adquisirias, algunos pacificando su conciencia con un vago argumento regenerarista, esto es, de que peor la pasarían ellas en poder de los indios. También es cierto que no faltaban cristianos de alma y morales más araucanos que los de los autóctonos.

Sometido a tales inevitables circunstancias y condiciones, el coronel Baigorria en sus veinte años de vida en Frenel se vio obligado a casarse varias veces sucesivas resignándose a su destino.

Su primera esposa — legalizadas las nupcias por don Simón Echeverría — fue una artista dramática

capturada por un malón en 1835 en el traveso de Rosario a Córdoba mientras viajaba a Chile. Mujer de transparente belleza en los torneos en el Egen o en la calle Florida, pero presa de una melancolía irredimible, se casó por pura gratitud con Baigorria, que no sólo la libró de caer en tal vez de la muerte, de parte de los barbaños con riesgo de su propia vida, sino, lo que es más, que la trató con la más veraz escatología. La trató desde entonces con la de madurez y con la que dicta la pasión a los corazones bien hechos. Sólo que ella vivió en Itenel como a veces de este mundo, tal vez consumida por esa vida que ella que es la desesperanza pura, y nunca sin revelar su nombre.

Baigorria intentó llenar el hueco que esa muerte dejó en su corazón llevando a su hogar e marrón a Adriana Betinandez, niña cautiva por Yanquetruz en el Sato, muchos años atrás.

Pero antes tuvo el corone Baigorria uno de esos ademanes que honran para siempre a un hombre. Hacia parecer ascenderlo a padre de los otros. Un día dio albergue en su rancho a Luciana Gómez, una hermosa cautiva cavada en los torneos con un viejo, un viejo político que acababa de caer en vida. Pasaron los días, y la vudita seguía llorando su muerte, más que su vez, su libertad perdida y la ausencia de sus padres. Y pasó un tiempo más. Hasta que en una ocasión en que el malón se puso a la altura de la Escuela, próxima a la Escuela de Santa Fe y Córdoba, Baigorria llevó a la mujer una vez y una noche, al llegar a cierto punto y con ella. «¡Ves aquellos fueguitos allá!» — «Sí, parece gente rampada». — «Es Cerro Alto, tu pueblo. Eses libes, vte a abrazar a tus viejos».

La libertad se le volcó sobre el pecho ahogada en sellos.

Hacia 1843 el aduar cristiano de Trenel llegó a adquirir una indudable gravitación no sólo entre los ranqueles sino en Palermo. Bajo la retatura del coronel Baigorria llegaron a contarse alrededor de trescientas anzus, sin contar mujeres, viejos y niños. Ni decir que tamana Macedonia de gentes—donde eran avaricia las almas de mucha espuela y poco o ningún freno—exigia para su coexistencia o supervivencia un jefe tan a la sazón como prudente, tan inhumano como humano. Baigorria era todo eso.

Entre los miembros más espectables de aquella sociedad figuraban los mayores Freytes y Lucero, los capitanes Saa, tres hermanos Maera y Gatica, el afeitero Ponce y el después romancesco Baldebenitez y Carmen Lucero, tanza favorita de Baigorria.

Los Saa abandonaron un día el solar de Baigorria poniendo a berique en el aduar de Paine. Reclamados por su jefe el gran cacique les contestó que si los entregaba los exponía a la venganza. "Aquí no estamos entre cristianos. Aquí el hombre es libre".

Esta desautorización del coronel Baigorria fomentó sin duda la evasión de no pocos de los cristianos sometidos a su gobierno, la que hizo crisis con la fuga de los propios Saa. Estos, como algunos otros, se volvieron contra sus ex protectores de desierto. Entonces el descontento contra Baigorria comenzó a hacerse intolerable.

En parlamento general el gran Paine comentó ante los demás caciques la desaimada fronía de los cristianos refugiados. "Nosotros los recibimos como a hermanos. Han vivido y comido en nuestros toldos.

Y se van robándonos los mejores caballos para guiar a los soldados contra nosotros. "

Baigorria, asustado, contestó acusando. — "¿A quien? Al propio Paine que había amparado a los Saa en Leuvoco después de su fuga de Irenet. Un estremecimiento recorrió las espaldas de la asamblea. — "¿Cristiano? contestó Paine. — "Rosas me pide tu cabeza y voy a la negro y ahora me insulta. — "¿Chezo? agregó. — "Me libre el cielo de insultar a mi amigo y hermano. — respondió Baigorria. Y expresó que el amparo prestado por el cacique a los Saa había sido el comienzo de las evasiones y traiciones. Y se dijo que en la invasión próxima ya se vería si era el coronel Baigorria o no quien iba en la punta.

Esta vez, junto con su jactancia heroica rubricada por su fama, lo salvó sin duda la formidosa amistad de Pichun, hijo de Yanguetruaz, segundo jefe de los cientos ranqueles.

Solo que a Baigorria lo esperaba una prueba más dura. Un día en plena asamblea de los mayores autoridades de la tribu, fue acusado de alta traición a la nación ranquelina, comprando en pro de Rosas. Baigorria, aiente, llegó de pronto al frente de sus lanceros, medio borracho, y desde su orgulloso gateado osero que relucía de plata, gritó. — "Vayan los ranqueles! Mueran los traidores! El coronel Baigorria no miente nunca.

Y espoleando de nuevo su caballo hasta hacerlo rajar frente a Paine se abarcó un oficio de gobernador de Cordoba ofreciendo a Baigorria, en nombre de Rosas, el cargo de comandante de frontera para luchar contra los ranqueles.

El entregador del oficio, traidor sin saberlo, era

un amigo de toda confianza del cacique mayor y de su hijo.

### *Un reto de la prehistoria*

A los pocos días de la escena de marra, los tanques con Painé y Baigorria al frente cayeron sobre San José del Morro. Se retiraban con un pesado arreo cuando fueron alcanzados por tropas capatazadas por Juan Saa — el huésped de Leuvocó durante años — y se trabó una gran refriega de la que Baigorria salió con un latigazo en la cara propinado por Saa.

Fue poco después de eso que murió Painé. «Vida Pañe Cuor, el Gran Zorro Celeste» — de repente, cayendo como un árbol troceado por el viento o el hacha.

Y he aquí que lo imprevisto de esa muerte obrando como una levadora en el alma supersticiosa de los indios o mejor dicho en el alma de una de Calvaui, el heredero, atrajo sobre Leuvocó la más escalofriante calamidad de que se oiera hablar en las lánmpas. En efecto, sacó al consejo tenebroso de los brujos enro al de sus propias entrañas, Calvaui *adivinó* que la muerte de su padre era resultado de guaticho obrado sobre él por sus esposas en combinación con las brujas y resolvió purgar a su tribu de tamaña infección y se apresuró a perpetrar el escarmento sagrado.

Las exequias de Painé dispuestas y ejecutadas por el tipo lastimaron de tal modo la imaginación de tantos la presenciaron u oyeron hablar de ellas que su recuerdo heredado quedó como unborrable matriz en la memoria de la tribu.

Una populosa procesión llevaba en hombros el ca-

daver hasta su tumba a lo largo de un via crucis de mas de una legua. Todas las mujeres de la tribu, encerradas como ovejas pasionales en un movable corral de lanzas, integraban el corteo. Cada ocho cuerdas el siamante cacique daba el nombre de ocho mujeres que caian virtualmente sacrificadas mediante un holazo en la cabeza. Despues continuaba la marcha. Asi cayeron inmoladas veinticuatro mujeres delante de sus padres, hermanos y esposos, cautivos o no. Caya embriaguez de estupor y horror segun al tope cuando junto con cinco caballos, diez perros y veinte ovejas del finado fue entregada tambien a la muerte y a la fosa comun la mas joven de las esposas reales que llevaba consigo un nino de pecho. Santiago Ayendano, *Revista de Buenos Aires*, t. XV

### *Pavon y la lanza de Baigorria*

Quizá no huelga el agregar que al modo de esos viris que exigen un ajeno sin prisa para su incubación el tajo con que Juan Saa afrentó el rostro de Jose Baigorria produjo al cabo de catorce años resultado trascendental.

Ello fue que despues de la caida del archimandón de Palermo, el coronel Baigorria se adhirió de buena gana a su desbancador con su persona y su hante bicolor de indios y cristianos. Solo que un dia y ru huacada por Urquiza, recibió ordenes de ponerse bajo las de Juan Saa ex mutatis y ex roatis ascendido a general de la Confederación. Lo recibió como lo que eran una ofensa personal gratuita. Para lavarla con sangre se puso con los sujos a la vereda de entroncar es decir a la de Buenos Aires y en Pavon, donde se



definió la lucha en pro de la unificación y organización íntegra del país, las lanzas emplumadas de Baigorria decidieron la victoria. Este el de Baigorria tuvo la gloria en Pavón de ser el único cuerpo de caballería que peleó con éxito, saliendo triunfante del campo cuando el resto de la caballería había flaqueado por todas partes' (Sarmiento *Obras*, t. XLV)



## CALFUCURÁ

### Araucanía

Si la fantasía de los filólogos no falla, la palabra *arauco* viene de *raulmó*, que significa agua estancada. Ércila recuerda:

*La regalada cama en que dormía  
era la húmeda tierra empañanada*

Todo ello alude a que en Araucanía las lluvias son tan cargosas como en Patagonia los vientos.

Aunque no está descontado que el más remoto hábitat de las razas indias de nuestro extremo sur sea la Patagonia, más probable parece que fueran indios de cuyo origen los que en tiempos de Cañon poblaban los Andes australes argentinos y nuestras pampas hasta el río Salado, por lo menos. Araucanos de bolearías, no querandies venenos y de *lucha* acaban, pero, los que, sin retroceder ante los caballos, le tumbaron el tuyo a don Diego de Mendoza e izaron la cañaca en alto. Ércila ojeó conancia que los puelches, indios de este lado de los Andes, prestaron ayuda a Caupolicán.

De su condición de guerreros funcionales y ángeles guardianes de su libertad había caído el que a trececientos años de la conquista y aun después de huirlos de este lado de la Cordillera por el remington, se sublevaron del otro lado en 1553, tan desastrosamente para los cristianos como en 1553, es decir, cuando en

su victoria de Tucapel decapitaron a Valdivia para que su cráneo sirviera de caúz en sus bottacheras históricas.

En su Chile nativo los araucanos vivían de la industria recolectora y cazadora, aunque también practicaban la agricultura y la tejeduría por agencia de las mujeres. Peatones incansables sus tribus azadas, los aucas, tradomaron los Andes mucho antes de la venida de Mendoza y se desparanaron por las pampas hasta los ríos del Este.

Estos araucanos de la Pampa sabían mucha geografía. Conocían la flora chena del sur en la zona de llamas y su frecuente jaco de cenagas y la Cordillera con su maravilla y su terror, decimos con su estatura costal y su enredado cementerio de cráteres extintos y sus freos inabumano. Y conocían las travesías desahmadas del centro, en que el sufre de asuca y la tierra de jarrilla, y donde la luna es dulce y tibia como la leche. Y la Pampa es que el horizonte condesciende al nivel de los umbrales y en que el pastizal es una altombra sin cejas.

Cuando en su confin aparecieron los primeros caballos, los tomaron acaso por guanacos solipiedos. Los tumbaron con sus boleadoras, los convirtieron criados y vieron que eran buenos. Después aprendieron a montar sobre el gacón. Y eso fue por los días en que las pampas verdumias del este comenzaban a dar caballos y vacas casi como el mar da ojas. La vaquería o cuadrería se les trizó entonces en industria universal y única.

El araucano saltó pues, desde el dintel de la edad de piedra (la dinastía de las curá parece indicar que la piedra estuvo entre sus totems) hasta el umbral de la civilización. ¿Es que a pesar de su mucho ma-

por evolución los caballeros de la Llama o del Santo Sepulcro eran marafutemente menos bárbaros? No y la razón comenzamos recién a advertirla. En el larguísimo evo tribal y comunal, el hombre no era aún el lobo para el hombre. De su candor edénico había la actitud de nuestros mojos ante los españoles del descubrimiento o la de los polinesios ante sus descubridores de Occidente. La ferocidad humana aparece aliada al interés, o sea a la propiedad privada, secuestrados de los bienes de la comunidad por una minoría, y la civilización se asienta sobre ella.

Ya veremos si la figura de Calfucurá es inferior en tamaño a la de cualquiera de nuestros caudillos de poncho o de levita.

### *Calfucurá y Rosas*

Calfucurá o Piedra Azul era chileno, nacido en Linares, provincia de Valdivia, de familia diáutuca, es decir descendiente de caciques. Se trasladó a este lado de los Andes bajo el primer gobierno de Rosas. Ya no era ningún muchacho como que andaba por los veinte o un poco más, acaso.

En carta del 25 de agosto de 1863 al presidente Mitre le cuenta: "Yo no soy de este campo, pues yo heje cuando el gobernador Rosas me mandó llamar".

*Arteses Mitre*, tomo XXII: ¿Mentira araucana? No es dudable que él vino a la Pampa buscando espacio para su lanza y su ambición —para las que su valle andino resultaba asaz estrecho—, atraído por las vacadas innumerables, cuyo magro y entrechocar de astas se filtraba a través de los Andes. Quizá su

yo de cándor entrevistó también el oleaje de pajonales y crines. Mas la verdad parece ser que don Juan Manuel por razones de diplomacia patipeana, naturalmente no fue ajeno de todo a la venida de Calfucurá. "Los indios chuenos —le escribe a Adao en 1841— fueron llamados por los ranqueles. Cuando estos les mandaron decir que viniesen a robar, me lo avisaron, pidiéndome al mismo tiempo permiso para venir a situarse en Salinas. Yo creí conveniente dárselo". (*Revista Nacional* 8198, tomo XXV.)

Calfucurá vino conchabado para perseguir a los indios alzados, informa el general Pacheco a la Sociedad Rural Argentina en 1868.

No es fácil saber exactamente los reales motivos que obraron en la ocasión aunque no resulta imposible colegirlos. Como diplomático nato y sin pretenciosos — al igual de otros gobernantes que vinieron después —, Rosas trataba de usar las rivalidades surgidas entre los caciques en pro de los intereses de los blancos o de su dirigidos. Los jefes indios hacían lo propio. Al permiso otorgado por don Juan Manuel no fue ajeno sin duda la cristiana intención de rebasar o anular el poderío de los ranqueles o de los vorogós.

En cualquier caso la escena ocurrida el 8 de septiembre de 1834 en los médanos de Masalle descrita entre otros por el doctor Zeballos en su conocido libro, rebasó espumosamente los bordes, no sólo del horror, sino de la alevosía.

Concedido por Rondeau, cacique de los vorogós, el permiso que solicitaba Calfucurá para penetrar en sus dominios a frente de una caravana intrusora de mercadería trasandina, el cacique y sus jefes vieron aproximarse una densa polvareda en caracol de donde —como de la nube sale el rayo— salieron

trecientas tacuáras y varios cientos de boleadoras a caballo que decapitaron, sin dar tiempo para el segundo grito, a la tribu hermana.

«Una prueba sin par de la desmeñada y ululante barbarie mapuche? Todo lo que se quiera pero a renglón seguido vino la prueba no sólo de que Calfucurá cazaba en alcance político y zorrería diplomática tantos puntos como muchos príncipes o repúblicas de fama, sino que sabía frenar su encono o su cólera mejor que no pocos de nuestros caudillos. En efecto, no bien dueño de la situación, secreta una paz octaviana y tiende su mano de protección y amistad a toda la tribu vencida —unas diez mil almas— y, lo que es más, hace honor a sus palabras cumpliéndola al pie de la letra. Al mismo tiempo envía a Rosas, junto con los cativos y regalos del caso, un mensaje que dice exactamente todo lo contrario del mensaje y los regalos enviados a las tribus de aquende y aliende los Andes...

Según Antonio del Valle: *Recordando el pasado*— fue su hijo Namuncurá el destacado en la ocasión ante Rosas, en su estancia del Pino quien correspondió dignamente enviando a su flamante aparcero un presente de trecientas vacas, doscientos caballos y yeguas, aperos, yerba, azúcar y tabaco.

### *El huésped vitalicio*

Establecido en Salinas Grandes su relación con el gobierno de Buenos Aires se mantiene en equilibrio inestable porque en Calfucurá don Juan Manuel encontró la horma de su botá. Un caso de tantos. En 1837 avanza sobre las pampas del sur una torrentosa

invasión de aucas trasand nos que se vuelven sobre sus rastros arreando cien mil cabezas vacunas. Piedra Azul, llegando su alianza con Buenos Aires, ataca en lugar estratégico a los intrucos, recauda las vaquitas y se las guarda para sí, vista la conveniencia de resarcirse del menado de sus lanzas. Rosas tiene que tragarse la descortesía.

Ni decir que no muchos años antes, Rosas había destacado sobre Salinas Grandes a sus dos mejores jefes gauchos, Sosa y Zelarrayán. Callucura escapa y despiega tales gambetas de hándu a través de leguas de travesaños, miedanos y bonques que le extravían; las huellas y sus perseguidores se volvieron, y él y Rosas se perdieron mutuamente y quedaron análogos. Es decir, Callucura vendió su paz a buen precio. De cual debió ser, puede inferirse del que Rosas pagaba a los indios en 1840: \$ 1905.000. J. M. Ramos Mejía (*Rosas y su tiempo*). Pese a ello, Callucura no se queda quieto del todo.

Insistimos en que la complejidad y vastedad de la figura del señor de Salinas Grandes sólo puede entenderse si rompemos con el concepto tradicional de lo bárbaro y no olvidamos la influencia deformante que el contacto de la civilización ejerció sobre él.

Los araucanos creían en los talismanes, «y qué es la mascota, que se usa aun hasta por los aviadores supersticiosos». El de Callucura era una pequeña piedra azul antropomórfica que él encontró siendo mozo. A esa pequeña piedra Caaba de color de mar y cielo atribuía su suerte y su acierto.

Por un lado Callucura parece una encarnación sin desperdicio del bárbaro puro, según la idea tradicional aceptada. Su rostro arcaico y su grande estatura son más de patagón que de araucano. De su estruc-



tura dice algo el que pasados los cien años y pese al hábito de enjamar el codo, ungirá la uña y mas intensa d' sus hachas gaopango de ida y vuelta delante de sus bucos y arengandolas con torrencial energía. A los noventa años o poco menos, el francés Guinard, su cautivo, lo pintara como representando ajenas sesenta, un arrugas en la frente y negreando aun las cienes a inque recargado de espaldas y chuecas y lentas y a canchus de pñetes nato.

Nada r que en el engano como en la violencia puede llegar a cualquier extremo, y no sólo con el enemigo de su raza. Asi ha decapitado a la tribu rival, los vorogas, en las personas del cacique Rondeau y demás otros. Y más tarde hará lo mismo con el cacique Raléf y los suyos.

Roxas cuenta: "Todo es olira de Dios, que se ve que nos quiere mucho." Pero antes que él, el emir araucano, el comendador de los creyentes de la pampa, viene sosteniendo lo mismo: que todo es voluntad del Vuta Huentra, el Aab mapuche. Mediante el soborno, Roxas conseguía secretos que le permiten pasar por zahori, y Tarunde Quiroga hacíase pasar por adivino y sugería que su caballo negro predecía la suerte de las batallas y que uno de sus regimientos era de runa-aturanco, digo de hombres que podían trocarse en tigres en el momento de la carorra. Bien. Calificará se deja sospechar de clarividente y de que es inútil hablar mal de él a escondidas, pues lo sabrá de cualquier modo. Tanto a estas artimañas primarias, pero que obran en mentes más primarias aún, maneja recursos enteramente racionales con maestría y ponderación superiores a los de casi todos nuestros repuliceros de poncho o de levita. Casi huelga aludir a algunos de los vericuetos de su astucia tan innumerables e intrincados

como los senderos del bosque. Se erige en protector de los indios que viven en paz y amistad con los *huinches*, esos hijos prodigos a quienes aborrecia, pero a quienes sacaba, en la primera ocasion, el regreso al desierto hogareño. Da cuenta a sus 'amigos' cristianos de tal invasion en ciernes, pero cuidando de que el aviso llegue junto con las tacuaras o después. Formenta o autoriza malones si fracasan felicitando al gobierno y triunfando, da el pésame al gobierno. mientras se apresura a compartir el botin con los maloneros. ¿Qué hubieran podido enseñarle Rosas y Roca?

Entre los araucanos donde el privilegio de la propiedad privada apenas existe, o no ha tomado los tenebrosos caracteres que este posee en las sociedades civilizadas, no puede haber y no hay amos absolutos. El cacique necesita mas que nadie, convencer con la palabra, es decir ser un orador. Calafatura es ciertamente un Demóstenes de vincha aun cuando en el caso su resistencia física vale tanto como su elocuencia, pues se trata de debates parlamentarios tan monótonos y porfiados como la guerra araucana o el viento patagón.

Estratego nato fuera de su afinidad nativa y electiva con la geografia, ha visto con limpidez que el triángulo de la resistencia victoriosa de la causa india en el país son Salinas Grandes, Carhué y Choele Choel. Su última batalla la librará cuando los blancos pongan su mano en este último punto y é morará ordenando defender Carhué hasta la última lanza.

¿Atila de las vacas, califa del estrago, la depredación y el incendio? Si pero Calafatura es algo mas que eso. Pues se trata no solo de un audazista de la guerra y la política, sino tambien del corazón humano. Porque resulta que este barbaro manea como un par de riendas el terror y la tolerancia, la amenaza y la

generosidad, y a fin de cuentas se nos ofrece menos devota de la degana que don Juan Manuel o don Justo José y menos ambal que Facundo. Y principalmente porque un cacique vampa no es un autócrata con tiro a sebo de porro, y a cualquier medida de guerra o de justicia debe consultarla con sus subordinados, discutirla a fondo. De ahí que en el botín de los muertos no toma la parte del león y a veces no toma ninguna y prefiere que sus colaboradores se la obsequen. Más que impresos de fuerza y coraje tiende a dar la de sabiduría y justicia. Sospechando que los peyoschidos, para rebaje, han asesinado a uno de sus hijos enviado ante Urquiza, no aplica el castigo sino cuando la *machu* en Chile ha hecho hablar la argolla arrancada por Nampuncurá al muerto, acusando al preso asesino y cuando este mismo ha confesado su crimen. Sava la vida al francés Gannard ya a punto de ser machado por los indios. Moribundo, da órdenes para que su lengua ar Cristiano, Rufino Solano, pueda escapar a tiempo.

### *Callucurá, Urquiza y Mitre*

A fin de tener las manos libres frente a sus enemigos políticos — lo eran cuantos no acataban las campanas neumáticas de su dictadura — y a fin de salvar las vacas del clan estancero a que pertenecía, Rosas compra la paz a los indios a tan gordo precio que para abonarlo debe ahorrar asceticamente en obras de salubridad o beneficencia en caminos o escuelas.

Cuando Rosas suspendió el pago de sus pensiones y divorció Buenos Aires de la Confederación, los indios se aprestan a sacar el mejor partido posible de la

situación. Calificatura se pone del lado de Urquiza por dos razones muy convincentes. 1.º porque es el vencedor, 2.º porque la enemistad con Buenos Aires le quita de los gauchos, significa una inagotable renta en vacas y caballos.

En cualquier caso el veinteno transcurrido entre 1818-1822 representa para Calificatura el auge de su éxito y poderío, y para Buenos Aires el nadir de su desgracia y su bochorno. Y desde luego que tal vez sea menos de admirar el talento batallador de Calificatura que la casi infalible ineptia de la administración y de los generales porteños.

A dos meses escasos de Caveros, en abril de 1852, el señor de Salinas Grandes puso sitio a Bahía Blanca, saqueó los negocios rurales y se retiró llevando unas cuarenta mil cabezas equinas y vacunas y algunas de ganado humano.

Mitre, entonces ministro de Gobierno dijo por la prensa que visto que el araucano no se humedecía ni ablandaba con el agua del bautismo (en verdad araucano y criollanismo se excluyen como la humildad y el fosforo) se imponía en la discusión 'el argumento acerado de la espada'.

Como para obligarlo al diálogo Calificatura vuelve a las andadas esta vez sobre los campos de Tres Arroyos y Lobositas y en combinación con los ranquees, haciendo de las suyas en cuanto a saqueos, hemorragias y cautivos y retirándose con una vanguardia de 130-200 vaquitas. R. A. Allende *La frontera y la campaña del Estado de Buenos Aires*.

Buenos Aires echa mano de toda su indignación y sus recursos y organiza al fin un ejército destinado a escarmentar de una vez por todas a la langosta de las vacas porteñas. A la creación de la Guardia Nacional

se agregan las levas de "vagos y malentretenidos" es decir los que la prisa o la ojeriza de los jueces de paz declaraba tales.

La diplomacia y el éxito de Calfucura tocaban todos los cimientos. En 1833 las tribus de Cachu, Catriel e Viejo y Yanguetruz se unen hasta entonces acambradas en Tapique en paz y amistad con los blancos. Cristo se azaron al desierto. Un escarabajo recorrió las espaldas de todos los portenos, ciudadanos o rurales.

El propio ministro de la guerra del Estado de Buenos Aires, conde Mitre, es quien se pone al frente de un ejército de las tres armas y parte hacia el "Sur a galope libre e impedido". D'Amico consigna el detalle declarando: "Respuesta de la última ceta de vaca de la provincia" y dispuesto patriótica aunque no filantropicamente, a "acometer a los indios o exterminarlos".

Solo que el resultado de la campaña llevó la alarma a este el clamor. Con un ejército superior en número y armas al de Catriel Mitre fue derrotado por este y obligado a trepar para salvar el bulto, a las alturas de Sierra Ciega quedando allí en la situación de un peatón a quien una para de chances del monte obligó a subir a un árbol. La amenaza de Suro Final a la muerte cuando las polvaredas y las cruces de Calfucura emboscaron el horizonte. El número de indios que rodeaba a los aludidos salvajes, su ardor hacían concebir la idea de un contraste. Esto confesó Mitre en su parte oficial con aresación muy optimista pues ya era tiempo pasado a hecho y de hecho a tragedia. Y tanto que para escapar al exterminio delio fijar a medianoche de ando los cañones apagados y los fogones encendidos y los caballos reanchantes, a

fin de disimular la retirada marchando a pie de coronel abajo, con el recado al Hombre

Los cronistas e historiadores Zeballos, D'Amico, Vera y Gonzalez y Antonio del Valle ponderan con crispadas palabras la magnitud de desastre y el espanto que obligó a Buenos Aires a improvisar a gran prisa una *Comisión de Salacion Publica*. Era Roma ante las victorias de Espartaco. ¿Que Mitre llegado al Azul reorganizó a prisa sus huestes y volvió sobre el rastro a lavar con sangre y victoria su derrota y su afrenta? No, se va a toda prisa a Buenos Aires a exorcizar el peligro de que sus rivales ahogasen en el polvo del desencabro de Sierra Chica su prestigio electoral. Eso importaba varias onzas mas que la suerte de millones de vacas, mujeres y niños cautivos. No nos asombre demasiado. De esta oronda irresponsabilidad reinar y etica de la gran mayoria de nuestros ases de espadas los Rondos, los Dorrego, los Alvar, los Quiroga, los Bustos, los Carreras, los López, los Lavalle, los Lamadrid, los Urquiza, los Rivas, los Arredondo esta acribilada nuestra historia.

Y con todo, el desencabro de Sierra Chica no fue sino la primera jornada de un itinerario de fracasos que duró veinte años a lo largo de los cuales los indios gobernaron más que los gobiernos en Buenos Aires, y en buena parte del país.

En septiembre del mismo año más de dos mil lanzas de Yanquetruz cacen sobre el pueblo de Juárez. El comandante Otamendi se atrinchera en un corral de palo a pique con sus ciento veinticinco milicianos y del cuerpo a cuerpo que viene no escapa uno solo, con excepción del trompa de Otamendi, enviado de regalo a Cañadón.

Mes y después le tocó el turno al general Hornos,

que salio a vengar el desastre de Sierra Chica al frente de un brillante ejército de las tres armas de más de tres mil hombres. Calafate manobro de tal modo que el propio Hornos eligio para dar la batalla un hermoso parana que era un hermoso tembladeral: los caballos indios avanzaron sin tropiezos mientras los caballos de los cristianos huían de ese piso movedizo como de la boca del infierno. El mismo Hornos, Mitre decía de él que "era mas sanza que general" sólo escapó por juergas y perdiendo el sombrero de una ~~eliza~~ araucana. Después de eso, las olradas de los indios llegaron hasta las orillas de Salado es decir a diez y seis días de galopes de Buenos Aires. La frontera de la civilización retrocedió a la línea de los días del virrey Suñermonte.

Le de ay hasta las esperanzas en el terreno militar el gobierno de Buenos Aires pone toda su fe en el terreno diplomático. Después de mucho ajeteo y salva-  
ciónne un pacto con Calme, sobre la base de darle este calme a plazo fijo y en saldar maza 1.200 libras de azúcar 600 de yerba 500 de tabaco más de 200 venas para lites y papel de fumar y harina y aguardiente en cantidad adecuada, y como postre vino de Burdeos no de Cuyo.

Calme irá se mega al pacto de convivencia pacífica, que él adivina una tregua tramposa, y también lo rescaten los ranqueses, entendidos con Urquiza por intermedio del cacique coronel y cristiano Manuel Bargarria.

Por las fronteras oeste y norte de Buenos Aires también las cosas andaban bien. En 1857 los indios de Comaueo caían sobre Pergamino llevándose su buena lancha de reses, mercedera y cautivos. Después le tocó el turno al Salto, Bragado, Arrecifes y Saladillo.

Ese mismo Buenos Aires obtiene otros dos éxitos con-  
trares. Son las expediciones del general Eusebio Mitre  
a Lezúco y del coronel Granado a Sanias Grandes  
en que el desierto mucho más que los indios se en-  
carga de derrotarlos o mejor se derrotan solos.

En 1856 los coroneles Maciaco, Paunero y Conesa  
desempeñan a guisa de cuerdas de este collar de fricción  
con ocasionales éxitos en Pique, Fierro Arroyos, San-  
tiz. Pero en el poco. Para ser Cafayates y Uquiza  
están en luna de miel. Uno envía conserataciones  
y castigos a San José y el otro pañales y muletas a  
Sanias Grandes. Y un día le apodema ante la per-  
baltual a un tipo Namincurá. Entre tanto ese año  
1856 asiste impavido a sucesivos malones sobre Ralco  
Banco Veinticinco de Mayo, Azul y Luján. ¿Falta  
algo más humillante? Si. Un día el cacique Mala-  
cura hijo de Calucura establece en Guaraní un mer-  
cado para la venta de cautivos a dos mil pesos  
por cabeza.

Uquiza por su parte se reduce a consignar en su  
mensaje al Congreso de Paraná: "Los indios se man-  
tienen en buena amistad con nosotros".

Por estos días de Cepeda es cuando sucede un he-  
cho por demás pintoresco y significativo.

Desde el campo de Cepeda donde figura en cal-  
dad de alado de Uquiza Calucura al frente de un  
par de miles de lanzas se dirige hacia el sur. Esta  
vez ha resuelto pisotear al pueblo Veinticinco de Ma-  
yo y tal vez horzarlo del mapa. A tan digno objeto,  
y para tomarse lo necesario y necesario de desahiso acam-  
pa a cuatro leguas de pueblo donde el grande temor  
de tanta novedad, el malon cruzado de lanzas y  
alardes como el jabali cruzado de cornos y ceras  
han escapado no sólo las familias padientes sino tam-



bien la mayor parte de las tropas de la guarnición del fuerte Cruz de Guerra.

Entonces ocurre lo que estaba fuera de programa. El cura párroco del villorio, el padre Pancho Ribolín — un conatinota de Pio Vobo y de Garibaldi — montado en un jarilo torcillo y con dos cargueros de tiro curvotados de regaños de Navidad — idgamos aguardiente, tabaco, patacones y otros chismes — rambea al desierto. En Mariano Bianco, no lejos del pueblo, se encuentra con el Holofernes de las vacas y las cristianas jóvenes y después de un arduo y portado parlamento gaio-gaicho-araucano, se llega a un pacto de caballeros. Piedra Azul y los suyos serán huéspedes de honor de Veinticinco de Mayo durante tres días sin más obligación que la de reducirse a aceptar toda clase de manducables, potabues y famucables y demás homenajes que les sean presentados. El pacto se cumplió irrefrechablemente por ambas partes contratantes. *Incredibile ma vero*. Fue el único malón sin efusión de sangre y aguardiente de alaridos y horror que consigna la historia. (Eugenio González Rodríguez, *Crónica histórica documentada de Veinticinco de Mayo*. Rau. Otte li: *El último malón*.)

Lo único que viene un día en ayuda de la civilización es que la Confederación de boleadoras creada por Calfucurá comienza a aflojar. Si en Cepeda buena parte del triunfo se debe a Catriel, en Pavón las lanzas indias de Raperma, ex aliadas de Urquiza, le asentan los mejores bores.

En efecto, las relaciones entre Salinas Grandes y el Paraná han venido enfriándose, y no por razones personales, sino puramente económicas. El cacique las expone así al caudillo gobernante: "Yo deseo hacer la paz con Buenos Aires porque toda la gente se está

aburriendo de no tener cómo hacer negocios con la sal y los cueros. Robar vacas en escala millonaria era fácil: beneficiarse en proporción era algo más arduo. La aduana de Buenos Aires, *el amo abriete* de la importación y exportación iba a resolver el pleito en contra de Urquiza. Y a la larga en contra de Calfuén.

Pero todavía falta rato para eso. "Es sabido que Calfuén ha hecho trato para entregar a varios comerciantes de sur de Chile en el corriente año 300 000 vacunos a un peso fuerte cada uno" *La Reforma Pascua*, 10 de setiembre de 1857.

Un ejemplo entre mas de las lagunas de la moral y la civilización cristianas.

"Calfuén hizo la campaña de Cepeda y después de la batalla invadió el partido de Veinticinco de Mayo y hostilizó en toda forma a las fuerzas nacionales que vigilaban los frunces encabezando numerosos maones. Ricardo Hogg, *La Prensa*, 11 de setiembre de 1959.

De hecho el indio se ha trocado en el demonio blanco de la Pampa y el temor al indio en una endemia. Detrás de cada mata de pasto el gaucho soldado o el viajero cree ver azararse una cerdada cabeza araucana.

Calfuén trata el primer presidente constitucional con familiaridad de vecino y compadre. "Amigo Mitre". En una de sus cartas (la de 6 de julio de 1854 del *Archivo Mitre*), más que pedirle le reparte instrucciones. "Digo a Ud. que este m. nro. Namancu es segundo mío, tendrá usted la bondad de mandarle avisar al coronel Rivas para que lo reciba como m. segundo general que es. Avuele al cacique Coli-

queo. Cuando mi hijo llegue a Buenos Aires, mande llamar . . .

Pero no nos apuremos. Buenos Aires y el país que no tienen hombres, recursos y disciplina suficientes para enfrentarse con éxito al enjambre de seis u ocho mil lanzas indias de la frontera interior, si tienen ahora energía bastante para enviar contingente tras contingente sobre el Paraguay, es decir sobre un país eternamente ciano y masano y provisto de las mejores armas modernas.

No decir que el retiro de las tropas de las fronteras con el indio significó para éste una ocasión de oro. La sombra de la lanza de Calucurá se extendió hasta el Salado y más allá. Referir los cuadros de sangre y ruina que los indios produjeron desde 1862 a 1868 en las fronteras del interior y de Buenos Aires sería materia de un libro voluminoso apropiado para acongojar los corazones" (E. Zeballos).

En 1868, no satisfecho de asolar el mapa bonaerense cayó sobre La Carlota, a frente de dos mil lanzas.

### *La Waterloo de las tacuaraes*

Sino que el tiempo y la historia conspiraban unidos contra él. En 1868 el presidente Sarmiento, consciente como Azara y tantos otros de que la clave de la guerra con el indio dueño del paso austral de la Cordillera está en Choele Choel, manda ocupar esa vía. Calucurá se siente aludido. Este diálogo mudo entre estos dos grandes es todo un símbolo.

Señor coronel don Alvaro Barros

Mi querido compadre y amigo. Tengo un sentimiento con usted porque no me ha acordado por este parte de la población que han hecho en Choel Chiel, pues me dicen que quieren a hacerme la guerra pero yo ya tambien he mandado una comision para donde mi hermano Ranqueura para que me mande gente y fuerzas, pero si se retiran de Choel Chiel, no habra nada y estaremos bien

JUAN CALPUJIRA

Fue la causa de fondo. La ocasiona que hizo desbordar el vaso. Fue que Cristiano Catric respaldado por el comandante Fila uno de esos jefes de frontera que a veces de lo aconsejado por Zelaos como gesto patriotico, la historia debe dejar en cueros vivos ataco y desmoro a los caciques Chiquitruz y Manuel Grande. Presentados ante el juez de Azul prisioneros Fila se rindieron de rebeldes que la justicia y la gente de ambos caciques fue a parar a Martin Garcia o a las fajas del carrizo. Calpujira solo le protector de su raza. Se vino sobre Veinticuatro de Mayo e hizo que el cacique Ranqueura que vivia en paz junto a La Verde mudase sus toldos a desierto.

Escribió al testafierro del gobierno

Hoy le participo que el 5 me vine a sorprender al cacique mayor Andre Ranqueura con toda su familia aqui es que me vine con el mil lanas a conforme de la gran picardia que hicieron con Manuel Grande y Chiquitruz y demas capitanes

JUAN CALPUJIRA

Ni decir que como era visto para que e visto y la vengatza le saiesen menos onerosas se volvió a sus todos atreando e mayor numero posible de reyes y entinos. y de ando de recienno e maximo numero de monedas. El jefe de la frontera sud general. Rivas el 10 de junio al cruce pese a su angustiosa informacion numerica. Y he aca que sorpresivamente la victoria se le vino a las manos por ausencia de las terrenales lacaras de Cipriano Catie y de los fusiles de repeticion.

Catueca comprendió que, menos que su extrema vejez, era la vivazacion que no derrotaba y se retiró a sus todos a morir a tiempo para no sobrevivir a su Waterloo de San Carlos.

### *Veredicto*

Calificará fue sin duda un barbaro con todas las de la ley y no queremos aqui darle las armas.

Se dira que la condiccion de herramienta de placer y trabajo universal que e acaucano suena a la mofa no es flor de humanidad ni lo es el que Catueca catueca con 32 vagras. Certo pero es ejemplo dado no solo por barbaria uno tambien por principios cultos y no solo en el pasado uno aca en nuestro siglo. Menos edificante es el ejemplo de sus funerales en que segun e salesiano J. Favella. Jeron sacrificadas en su honor junto con sus mejores caballos, vacas caviyas costosas. Es decir que en la Pampa del siglo xix se volvia a una costumbre azteca de tres o cuatro mil años atras y no abolida del todo en la India britanica de nuestro siglo.

Frente a esto justo es recordar el testimonio del

cautivo francés secretario de Calfucurá, que dice de él "Este hombre no fue enemigo de la civilización, pues estaba dotado de impulsos generosos y tenía el instinto de la justicia". Realmente hay materia para el asombro, el saber que el gran bárbaro se dejó instruir con placer en los rudimentos de la arte agrícola, recordando que los estancieros de Buenos Aires sentían por ella esa afición que los gatos tienen por la ensalada.

Lo que no pudieron comprender los cristianos de su tiempo y que nosotros debemos hacerlo ahora es que Calfucurá, mejor que nadie, veía y sentía las cosas con ojos y corazón de indio: es decir que la tierra era de ellos y lo había sido siempre, y que los cristianos, no los indios, eran los intrusos y ladrones. Eso por un lado y por el otro que nuestra moral de mercaderes y políticos fenicios, de comandantes de frontera que robaban y diezmaban por hambre a sus propios soldados, de guerreros que asolaban las tolderías, violaban a las indias y las esclavizaban después con hijos y todo, nuestra moral no era ni por un negro de una superior a la suya.

¿No se aliaban los cristianos con los indios contra otros cristianos o los sobornaban para volverlos contra la raza indígena? ¿Se les ocurrió alguna vez educarlos con el arado y el alfabeto y no con anestésicos cerebrales para sumarlos a la civilización?

Por eso Calfucurá al esgrimir la violencia o la astucia y el engaño, alternativamente, no hizo más que usar las armas con que lo atacaban. Y como a través del juego diplomático y de la federación de casi todas las tribus pampas — que fue su primer triunfo y el resorte de los otros — solo tendía a la guerra de exterminio contra el cristiano, se comprende que el se sin-

tierra un abanderado, no solo de su pueblo, sino de la justicia humana misma, dado que su adversario era el intruso y el rapaz. Así lo vieron sus gentes y así en cierto modo podemos verlo hoy los hombres sin prejuicios de credo o raza, bien que la historia da siempre razón a los pueblos de vanguardia, no a los zagueros.





## CIPRIANO CATRIEL

Naturalmente como primeros ociantes los indios se sentían dueños legítimos de las tierras que poseían. Se dice que hacían la guerra a los ganados ajenos. Bien, pero no menos innegable es que los cristianos se extendían como mancha de aceite sobre tierras que hasta habían sido mías. ¿Mos los por el apostolado de la civilización? No, por la simple mecánica de la codicia. Y ni siquiera se teó con ventura la molestia de cultivar sus fincas. En el *Diario* de la campaña de 1822 por ejemplo, del gobernador Martín Rodríguez, un brazo derecho en la campaña fue Rosas, se lee lo siguiente: «La experiencia de todo lo hecho nos guía al convencimiento de que la guerra con ellos debe llevarse hasta su exterminio».

Los indios, que chapaban algarróba pero no se chapaban el dedo, sabían esto, y es solo un alarde de *razonamiento* de nuestra parte hacerlos crucez de que el indio empate en la pobreza y violencia con sus contendores.

Sin embargo hubo desde la época de la colonia aborígenes que confiaron o aparentaron confiar en la buena fe de los cristianos, ya sea por conveniencia oportunista o ya porque realmente creyeran en las ventajas de su convivencia con la civilización.

El de la tribu de los Catriel es el caso más memorable en nuestra historia.

Desde el día de 1834 en que un cacique recién venido del otro lado de los Andes llamado Piedra Azul gracias a una acción de desahogada buena y fealdad decapitó a la tribu de los corzcos en Masale, territorio sin nombre de los ayos, los caciques Catriel y Cachul tenían razón suficiente para tener menos las batallas y beldad de un tata de Siliyas grandes que sus ofertas de amistad y alianza. Así fue como un día araron sus toldos y vacuías y se fueron a sentar reales en los campos próximos al Azo a vivir en verdadera pacífica con los tpa de Catriel y a aprovecharse de sus usos tanto como de sus dadas. Juan Catriel vio allí crecer sus tres hijos Cipriano, Juan José y Matheo. Se fue que el Rostandito el persona se apenó más de una vez frente al tala del viejo Juancho.

Después de Caseros los famantes diseños de la situación bonaerense no querían o no pudieron pagar el antes pero que los indios exigían por su existencia sedicente pacífica con el cristiano. Catriel vio llegada la ocasión de demostrar que la comedia directa de vacas, mercancías y cautivas era cosa muy mucho más fructuosa para las facciones que la persona abogada por don Juan Manuel durante tantos años. Juan Catriel se dejó catapuzar por el nuevo evangelio y en 1845 regresó con todos los ayos al desierto y ya vimos que fue el quien derrotó personalmente al coronel Mitre en Sierra Chica.

En 1856 la situación se había tornado tan desabrida para Buenos Aires que el gobernador Obligado delo trasladarse al Azul. Desde año mismo el coronel Emilio Mitre escribale a su hermano Bartolomé, ministro de Guerra explicándole la necesidad urgente de pactar con los indios, sobre la base de que vino.

tan a establecerse en las cercanías del Azul. "Para tenerlos a mano, sin perjuicio de degollarlos a todos en una noche" (*Archivo Mitre* t. XV).

Entonces el gobernador Obligado se entendió directamente con Catriel, ofreciéndole el oro y el moro, pero advirtiéndole que no cayera en el error de creer que era por falta de coraje. "No vas a engañarte y creer que todo esto que te digo es porque tengamos miedo."

En 1857 Catriel y Cachul se alejaron de Calfucurá y mudaron sus toldos y ganados a los campos sitos entre Guanuní y el Azul. El teniente coronel Rivas en nombre del gobernador Aaana, izando bandera blanca, llegó hasta ellos a parlamentar sobre "las paces". Los indios, argumentando la necesidad de consultar el asunto con Calfucurá, lo hicieron esperar diez días, banqueteándolo con sus mejores pucheros de venia y brindándole sus mejores cueros de carnero para ablandar su lecho de tierra. Al fin los indios se dejaron persuadir con el argumento de dadas tan onidas por resultaron irresistibles no menos que por el esplendor de los grados, uniformes y tocidos militares genera. Catriel, coronel Cachul, comandante Yanquetruz.

Calfucurá y las otras tribus prefirieron entenderse con Urquiza a nque el pacto de los patriarros con Buenos Aires seran confidente a del intérprete Aven- de a Zebalos. obedecía tambien al plan genera del calfa.

Como se portó Catriel en las vecindades del Azul? Los indios tannas de Catriel son más fáciles de civilizar rectamente y más dispuestos a recibir la alta educacion civica que nuestras masas rurales y aun las urbanas. "Tal es la opinion de la Sociedad Eco-



por una invasion de indios a Santa Fe y otra al  
nordeste de la provincia de Buenos Aires— no podia  
ser mayor.

Lograda una magna concentracion detras de las Sa-  
nas Grandes, Caltucura se movio al frente de tres  
mil quinientas lanzas de pelea— sin contar una innu-  
merable chusma de armeros y cargueros— secundado  
por los guerreros pampas de mas renombre. Ren-  
quecuri, Namuncurá, Epalier, Cuatricura y Pincen.

Consignemos de paso, —na opinion de Zeballos re-  
ferida a la raz de este conflicto— "Si por amor a mi  
patria no se escribiera algunas paginas negras de la ad-  
ministracion pública de las fronteras y de la conducta  
de algunos comerciantes se vera que algunos feroces  
atacamientos de los indios fueron la cara repuesta de  
grandes felonias de los criollos que los trataban co-  
mo a bestias y los robaban como si fueran niños."

Este juicio de una autoridad tan competente, aun-  
que parezca aun severa solo declara la sencilla verdad.  
Bastaria no olvidarlo para desconfiar del veredicto de  
quienes se hacen lenguas de la iniquidad, inmundicia  
y crueldad de los indios sin poner en el otro platillo  
de la balanza la moral y la misericordia de sus ad-  
versarios.

El coronel Rivas, forzado por las circunstancias se  
lazo inspiradamente a desviarse con la esperanza de  
ocupar las agüadas de la ruta obligada del invasor,  
en la Cabeza de Buco. Contaba solo con doscientos  
muleros. Para como de desdichas los baquianos  
se extraviaron en las nieblas quebrantando a par la  
resistencia de los cabanos y el animo de los jinetes.  
En tal ocasion un choque de coronel Boer jefe de  
la frontera de centio comunicaba que un millar  
de tacuaras acababa de situarse en el fuerte de San

Carlos. Con un movimiento de instantánea y arrebatada audacia, Rivas logró rescatar a Beer y engranar en sus huestes, aunque sin llevar a sescentas plazas. ¿Como enfrentarse a Calfucura? Solo quedaba una esperanza: la ayuda de Catriel.

Catriel, el Viejo había muerto un año antes de ando al frente de los suyos a su hijo Cipriano.

¿Quién era Cipriano Catriel y qué lo movía en esos momentos? 'Uno de los indios más arrogantes, hermosos y de salvaje continente que he conocido' dice de él un explorador y hombre de ciencia de la época. Agreguemos que tenía casa en el Azul y que tenía fama de ser 'un fanático de las cosas cristianas' y de empujar a su gente en ese rumbo. Acababa también al título de general argentino y el presidente Sarmiento se lo concedió, aunque con una 'gera' tra vestida de gramática: *cacique general*.

Pero no pequemos de ingenuos a sabiendas. El azulcano era tan dueño en esos fines diplomáticos como su adversario de raza y credo. Lo razonable es suponer que toda su cristanofilia obsecra circunstancialmente a su odio a Calfucura. Sea lo que fuere, Cipriano salvó en San Carlos no sólo el honor de Rivas y de la nación sino la vida de centenares de cristianos, en contar algunos centenares de miles de vacas y caballos.

La decisión de Catriel fue tan tajante que no vaciló en hacer fusilar por un pelotón cristiano a algunos indios que se negaban a enfrentarse con los suyos.

De su coraje de guerra no se habla. Rehusó dos veces y a pique de pronunciarse la derrota cristiana. Catriel logró empujar otra vez a los suyos al entrevero, peleando a caballo y a pie, a lanza, facón y boleadoras, con todo el largo de su brazo y su arro-

jo va no como un hombre sino como una leona que del unde cas cachorros. Soeta la larga y brillosa cinta con una yacha roja, luchó como diez hombres juntos, y aunque al terminar el combate quedó vestido de sangre no pudo hallarsele una sola herida.

Entre las batallas sufridas por las fuerzas del gobierno — dice Schoo Lastra — las mayores fueron de las fuerzas de Catriel”

La batalla de San Carlos — la primera victoria de cuenta de los cristianos después de un casi interminable itinerario de fracasos — llamada la Waterloo de Calfucura, fue también el pronóstico o comienzo de la Waterloo general de todas las huestes indias. En verdad, nunca volvieron a plantarse en un haz de semejante envergadura ni jamás mandadas por un caudillo de tamaño prestigio. Fue, pues, el comienzo del fin del régimen casi imperia, de las tacuaras pampas.

Según Antonio del Valle *Recordando el pasado* Cipriano Catriel, que era como indio hombre de enviable estatura, llegó en sus últimos años a tener casas de ladrillo con muchas ventanas en el Azul y a dormir con sábanas limpias y a poseer cuenta bancaria.

Entre Cipriano y el gobierno no faltaron omisiones o trampas mutuas pero en general se llevaron bien. La revolución indista de 1874 vino a complicar las cosas. Cipriano se adhirió a Rivas, es decir a Mitre, mientras su hermano Juan José se sumaba a las fuerzas oficiales.

Derrotada la revolución, el gobierno resuelve que los indios complicados con ella deben volver libremente a sus toldos. Solo que en eso Juan José reclamaba a Cipriano para juzgarlo según las leyes de la tribu. Pero Cipriano no había peleado esta vez contra

los indios uno que se había sumado a una rebelión contra el gobierno. ¿Por qué entonces las prisiones? El general Garmendia jefe de Estado Mayor se opone a ella. Pero al fin de cuantas la autoridad oficial termina entregando al heroe de San Carlos —, vaya a saber con que designios! solo e incluye a su hermano Juan José, que lo envidia y lo odia, y a los jefes de su tribu.

Capitiano, lejos de apearse de su soberbia, alienta a los suyos.

Indios de chusma y lanza. Uds. quieren matar a su cacique mayor y comandante general de los mapas llamado por el Presidente Sarmiento *Cacique General*. El gobierno que tengo lo he echo de mi padre, Catriel Viejo, que lo recibio del Don de los Indios."

"En 1872 se nos vinieron encima todos los araucanos que cubrian la tierra y a luz de sol. El general Rivas no tenia mas soldados que ustedes, los indios de Catriel y algunos de los campones de las Neves como ochocientos hasta el campo de San Carlos y peleamos alla a caballo y a pie a lanza y hola con Juan Callicurá. Yo mandaba la derecha y le dió al general Rivas. «Ahora vas a ver compadre por primera vez pelear a los indios a pie»."

"Y en segunda derrotamos a Callicurá y entonces vino el general Rivas y me abrazó de ante de todos y me dió que me había portado como un general argentino y que había ganado las presillas de oro que hoy me robo mi hermano Juan José malo floo y traidor."

"Atropellen y no me vayan a errar porque cuando vuelva a tomar el mando de la tribu os haré fusilar como en San Carlos!" (Juno Costa, *Roca y Tejedor*)



La proeza de Cipriano Catriel en San Carlos tan envergadura y raseadura como una avalancha, debió significar una deuda sagrada para el gobierno a quien contribuyó a salvar y que sin embargo lo traicionó. Lo cual no quita que el a su vez se portara sin dila, como un traidor a su raza y su causa. Es talón debía alcanzarlo. Mucho convertido en afiletero de las lanzas de los sayos aunque ninguno de ellos tenía su cora ni estaba a buen seguro impio de culpa ale voya. Era frecuente que indios y cristianos tuvieran el coraje del jaguar pero también el que llevasen sus manchas, aunque no se les viera.



## MARIANO ROSAS

### *Un ahijado y un padrino*

No faltan motivos para desconfiar de la exactitud informativa de la historia. Y ello referido no sólo a épocas mas o menos inmemoriales, sino a las contemporáneas, como la segunda mitad del siglo pasado. Así ocurre con dos noticias sobre los sucesos de la vida de los pampas suministradas por dos hombres de obvia responsabilidad intelectual y moral y muy autorizados conocedores del drama de nuestra frontera interior y en parte actores en el mismo.

En su conocido libro sobre Carfucurá, el Dr. Estanislao Zeballos nos informa que el cacique general de los ranqueles, Paine, murió en la cama y que su hijo mayor y heredero del mando, el perverso Calvarú y para bien de la tribu y sus cautivos, dicho sea de paso, halló muerte anticipada al tirar al blanco sobre un armón abandonado por el coronel Emilio Mitre meses antes. Ahora bien, según Mansilla en su libro *Excursion a los ranqueles*, ese percance le ocurrió a Paine.

De mayor importancia es la descoincidencia entre ambos cronistas respecto a un detalle biográfico del hijo segundo de Paine, Paguitruz, llamado después Mariano Rosas. Según información muy circunstanciada de Zeballos en su *Paine* el cacique Yanquetien, a fin de librar a su hija de las volcánicas aspiraciones matrimoniales del cacique general Yanquetruz, se al-

zo de las tierras nativas con su tribu y se vino a esta  
 hacer no lejos de Jujón, Ouscaná a amistad y apaxo  
 de los nativos. Muerto Yanguetruz los jefes ran-  
 queados se fueron castigar a los que consumaban una  
 a la casa de Yanguelen y al efecto, un fuerte  
 con trescientos soldados por Jujón. Uno de Yanguet-  
 ruz salió con rumbo hacia las aldeas de los exa-  
 ntados. Solo que no tuvo suerte pues, anochecido  
 por las oscuras Yanguelen salió en expedición a su  
 turno, y dando una enorme vuelta, evitó el ataque  
 y ganando a retaguardia de los invasores, cayó sobre  
 un grupo de fanáticos acurrucados en *Apuco*. Los in-  
 dianos se incauto de muchos caballos y se llevaron los  
 cautivos en trece días a Pagutruz hijo segundo de Pa-  
 pé que envió como regalo a Rosas. Esto ocurrió en  
 1838. Pasados cuatro años Rosas devolvió a su tribu  
 a Pagutruz después de hacerlo bautizar y condecor-  
 arlo con su propio apellido. Mariano Rosas— y le  
 davia agregando algún regalo: “un saco azul fino,  
 dos chaquetas, cuatro camisas y calzoneros, dos pa-  
 ñuelos de seda, dos ponchos, tabaco y aguardiente”. En  
 la fríasqueña acción solo insinuaba una gentil cortes-  
 penencia a la entrega “vivo o muerto del salvaje  
 un tanto facineroso Man-el-Baqueria”. Zela no po-  
 dría haber tomado estos datos de los apuntes del ex-  
 cautivo sino se encontraba con el Santiago Ayerza.

La versión dada por Mariano que conversó con  
 y teniendo con el bien conocido es asaz desconocida.  
 Pagutruz fue hecho prisionero en 1834 junto a al-  
 guna de Langeló a treinta leguas de Melmucé,  
 donde el mozo, con alcañal y una hacha que llevó  
 al campamento en la calabaza mientras su parte pre-  
 taba en razón de la tierra adentro de los cristianos.  
 Los micos encargados de la frontera norte de Bue-

nos Aires penetraron en el corazón de la geografía de los países suramericanos a los indios de Larapcho y a llevar a la Paz Antioya y a sus cerros altos. Concedidos a Norton Lavezos, volaron allí un año con ellos y todo. Un día a las Rosas, ante uno q' le iba al un hijo de Panto le hizo bautizar y lo envió de peon a su Estancia de Puno. Allí pasó Papitar tres años educándose — el maestro usaba de palabra un ichenque — en el arte de criar y multiplicar vacunos y reanchos. Aprendió hasta la saciedad que un peon de estancia era un siervo con espaldas. La amargura de sus desiertos y sus toldos empezó a cavarlo como una rusa. Y una noche de una luna surto con otros gestados bien montados y echados por delante una turba de tritonos escogidos marcharon hacia el leano oeste buscando paz para el herido pecho porcho más proximo que conocían y ex tarde estancas y puecos. Se perdieron todos el sentido de orientación un momento empujados al abismo de nuevo. Mataron, por una costumbre vieja que los policianos del Puno los habían seado con perfidia aunque un éxito por temor a que se extravajaran y uno para que no fuesen con el adios en el bolullo. — En el Puente de Marquez y en Juan lograron pasar sin engorros dándose a de malos mercachifles que representaban a sus pagos de tierra adentro.

Siempre a estar a lo referido personalmente por Mariano a Mansi a e prólogo no tanto algo tiempo en recibir noticias directas de su cariñoso padrino y tutor. Consistían en un regalo de unas dieciséis vacas, cincuenta vacas, dos tregallas de ovetos negros con una madrina oscura, montura y prendas chapadas y otras prendas de plata, arrobas de yerba y

amurar, tabaco y un uniforme completo de coronel federal y la mar de divisa color de queso. Y tambien una carta que Mariano debio hacerse leer en los dias de temporal, propicios a la caviación

*Mi querido ahijado No crea Ud que estoy enojado por su partida, aunque debio habermelo prevenido para evitarme el disgusto de no saber que se habia hecho Nada mas natural que Ud quisiera ver a sus padres sin embargo que nunca me lo manifestó Yo le habria ayudado en el viaje haciendolo a. compañía Dígale a Paine que tengo mucho cariño por el que le deseo todo bien, lo muestro a sus capitanes y a indadas Reciba ese pequeño obsequio que es cuanto por ahora puedo mandar Ocurra a mi siempre que este pobre No olvide mis consejos porque son los de un padrino cariñoso y que Dios le de mucha salud y larga vida Su afectísimo,*

JUAN M DE ROSAS"

Habia una posdata que era mejor que la carta como la cola del pavón es mejor que el pavón "Cuando se desocupe, vengase a visitarme con algunos amigos"

Como se ve, se trata de un modelo de afecto paternal, pero el indio, de puro hurano, se cuidó bien de ponerse a tiro de su padrino

Al decir que mientras su hijo se vio cautivo o en rehenes, Paine a su vez, se cuidó bien de invadir personalmente tierras porteñas Mariano tomó igualmente sus precauciones cuando llegó a cacique Consultó a las brujas de la tribu y su horóscopo delinó ser comprometedor, pues resolvió no pasarse de la

rava o sea, no pasar personalmente las fronteras de su dominio y en la conducción de la guerra reservarse la conducción estratégica, dejando por entero la iniciativa táctica a cargo de los caciques menores.

### *Un coronel literato y un cacique de poncho inglés*

LUIS V. MANULLA hijo del general del mismo nombre y de una hermana de Rosas, había llegado a coronel en la guerra de Paraguay. Separado del ejército por causas de indisciplina, fue reintegrado a él por el presidente Sarmiento, nombrándolo jefe de la frontera de Rio IV a fines de 1868. En marzo de 1870 en ejecución de un plan ideado por él y aprobado por el gobierno, y después de ensayar algunas reuniones con las tóderas ranqueles, el coronel Manulla partió rumbo a ellas rodeado de una pequeña escolta de oficiales, soldados y baquianos, y arrastrando una tropilla de carqueros.

La importancia de la excursión de Manulla su libro es el mejor libro argentino en prosa del otro siglo después del *Facundo* proviene tanto de la novedad de lo que vio como de lo que él era: no sólo un sujeto largo de coraje y resistencia sino también un hombre de desusada inteligencia y mucho corazón. Y sin mucho corazón es difícil entender y acercarse a los perros y menos a los hombres. De ahí, sin duda el calado y la belleza de su testimonio. Hacia 1870 el dominio de los ranqueles — que abarcaba varios cientos de leguas cuadradas — era algo como una confederación de tres estados, gobernados por una especie de triunvirato abserio en que el primer triunviro — Mariano Rosas, de Leusuco — era lo

suficientemente prestados y hábil para mantener el equilibrio con el cacique de Quenque y Ramon, cacique de Carrizobó y salvar la aversión del conchito.

¿Tanto hereditario no disculda? ¿Merita bien ganancias de hombre de gobierno y de mando? Todo eso no excusa a Mariano Rivas de la obligación de exhibir las tres virtudes primas de un cacique: el vigor, el valor y la habilidad. He aquí cómo lo vio quien pudo tratarlo seriamente en su casa y en el centro de sus relaciones.

‘El cacique general de las tribus ranquelinas tendía cuarenta y cinco años de edad.

Pertenecía a la categoría de los hombres de talla mediana. Es delgado, pero tiene unos miembros de acero. Nadie le era ni pisa ni sujetaba un potrero del cabestro como él.

‘Una negra cabellera larga y lacia nevada caía sobre sus hombros y hermosa su frente despejada y vacía de arrugas horizontales. Unos grandes ojos rasgados húmedos, grises y elevados, que miran con fiereza por entre largas y pobladas pestañas, cuya expresión habitual es la melancolía, pero que se animan gradualmente revelando entonces orgullo, energía y fuerza. Una nariz pequeña deprimida en la punta de abiertas ventanas signo de desconfianza. Unas cejas regulares y aceptadas, una boca de labios delgados que casi nunca muestra los dientes, marca de astucia y crueldad. Una barba aceda unos rasgos entados como si la piel estuviese desecada. manifestación de valor. Unas cejas verdosas, arqueadas, entre las cuales hay siempre unas rayas perpendiculares señal inequívoca de masculinidad caracterizan su fisonomía bronceada por naturaleza, requemada



por las inclemencias del sol, del aire frío, seco y perpetuante del desierto pampeano.

A un traje sencillo con camiseta de Canela, mortuorio a torcida con trencha negra, pañuelo de seda al cuello, chupa de paño inglés, calzoncillo con fleco, tirador con cuatro botones de plata y sombrero de castor fino con ancha cinta colorada."

Sobre el estilo de vida de los ranqueles en la época de Rosas son invaluables las informaciones de Santiago Avendaño, que fue su cautivo. De no menos precio, si no de más, son los apuntes y enseñanzas suministrados por Mansilla no muchos años después.

Se confirma lo que se sabía de fundamentos de las tribus ataucanas a través del poema de Estela, descolladas naturalmente las modificaciones de usos y costumbres aportados por el cambio de época y medio.

La primera comprobación consignable es la de que, como ocurre en toda sociedad aun salvaje o todavía bárbara en que la propiedad privada no está propiamente establecida, el poder político no se ofrece centralizado en forma absoluta, es decir, el cacique no es un salomón y menos un zar de todas las Rusas o un Juan Manuel de todas las provincias del Plata.

De ahí la necesidad de una especie de dama de todos los caciques y capitanes cuando se trata de un problema tan fundamental como el de la paz y la guerra u otros equivalentes.

De ahí también la imprescindibilidad de la oratoria, pues como Agamenon entre los reyes de los lártaros de Homero, Mariano Rosas, cacique general era sólo el primero entre sus pares, no un amo un señor como el de Paernio.

En esta emergencia a la paz de los ranqueles con el gobierno ha quedado prácticamente convenida en

las reiteradas entrevistas entre el caique mayor y el jefe de la frontera sólo que el pleito debe ventarse ampliamente ante la asamblea general de las tribus, porque su voto bueno es indispensable.

Mariano se revió en ella como lo que debía esperarse un orador consumado, es decir, un actor en posesión de todos los recursos de su arte, desde la parumonia sentenciosa hasta el paletismo de la indigenación o de la guerra, expedido con voz de Joviter de los totoraes y a lemanes de actor italiano.

Mucho hubo de extrañarse el jefe cristiano de que su reciente y al parecer entrañable amigo se mostrara como su más desconfiado opositor en público. La razón de tamaño cambio de frente se la dio en un vado su compadre Baguerita que en durante a vino eterna de liberación no había dicho una sílaba en su favor. Le mando a explicar por el lenguatay que en cualquier no podía mostrarse en público como amigo y partidario de los cristianos, si no quería arriesgarse a despertar de inmediato la desconfianza manique de los indios.

De que entre los indios —según ocurre en toda sociedad no civilizada— había más igualdad que entre los cristianos se lo hizo observar Mariano Rosas y con seño duro, cuando uno de los aostepes del coronel recibió de éste orden tonante de zafar de la carpa "Cuidado hermano, aquí todos somos iguales".

Ciertamente que esa era sólo verdad a medias dado que el antiguo iguazataruno tribal estaba ya más o menos averiado. Entre todo desde su contacto con la civilización y su estrecho escalafón de rangos sociales. En efecto entre los indios se ponían ya a la vista los resultados del comienzo de apropiación privada de los bienes de la comunidad: podía hablarse también

de indios ricos y de indios pobres. Y así era como la práctica de la *jeogama* —como entre los árabes— estaba reservada a los pudientes, es decir al cacique y a los prohombres de la tribu. A los muy pobres no les alcanzaba ni a razón de media mujer por cabeza, y como no era de uso la venta de canchias, debían consagrarse a ese virtuoso celibato aconsejado por San Pablo en sus *Epístolas*. En cambio, cuando Mariano introdujo a Mansila en el seno de su familia, este pudo comprobar que el cacique, superando por una unidad a Mahoma, hacía el gasto de cinco esposas.

Respecto a su conducta frente al celo igualitario de los indios, Mariano se hace a su amigo dos sugestivas confidencias. Le cuenta que los cristianos han querido hacerle casa de ladillos, negándose el por miedo de que sus indios crean que se ha vuelto comodón y flojo e imitador de los cristianos. Pero no le dijo lo que era obvio: que el demagogo que hay en todo candidato no se arriesgaba a desafiar el resentimiento o la envidia de sus secuaces.

Como el delegado de la civilización le llevara algunas pláticas a su bárbaro amigo, éste le dijo: "Para que vea, hermano cómo soy yo con los indios, delante de Ud. les voy a repartir a todos. Yo soy así, cuanto tengo es para mis indios. —, son tan pobres"

### *Dos moralejas en una hoja de parra*

En nuestro tiempo el curioso de nuestro pasado y de la vida de los indios suele verse en una real encrucada en que no sabe qué camino tomar. Por un lado y de acuerdo con la popularísima versión difundida por el *Martin Fierro* el indio era una especie

de pancarta de todas las crueldades, brutaidades y desigualdades, sin más desahago que el de la otaja y la baqueta. Frente a tal criterio, no faltaron — los soberbios todos — quienes crean distinguir en el campo guaidades nada desdenables y hasta un estilo de vida superior, en algún aspecto, al de pasano de la época.

Puestos en el caso de terminar un veredicto menos apresurado adelantamos la sospecha de que los dos pareceres anteriores padecen un poco de similitud o de inocencia. Así suele pasarse por alto un detalle muy de bulto que los indios pampas de tiempos de Asina ya no son exactamente los del tiempo de Rojas. Ya no andan más o menos desnudos y los caciques visten habitualmente como gauchos acomodados, cuando no lucen uniforme de coronel.

Mansuela vio que si bien la residencia del cacique Mariano seguía siendo un toldo de cuero ofrecía muestras de aseo y comodidades: asientos, camas, platos, tenedores — que solían faltar en el rancho del pasano de la época.

No menos cierto que lo anterior es que si bien en el toldo de Mariano no se ponía en cuarentena a la higiene y el uso del baño no era vedado ni en otomí, no menos cierto es que en el común de los toldos el olor a sebo rancio reemplazaba a la alhucema, y — por de ser un proscrito, el paje formaba parte de la ganadería menor y a veces de la cocina araucana. ¿Abominaciones de salvajes e infieles? No tanto. Mantegazza, que visitó nuestro país allá por la década de sesenta refiere que en ciertos pueblos de Santiago del Estero y de Corrientes no se tenía en menos el sabor de piezo, y Bertrand Russell y muchos otros recuerdan que en el Medioevo, el baño fue excomulgado.

como cosa pagana y hecena y los ojos fueron llamados 'perlas de Dios'.

Como todo hablado auténtico, el ranquel era brutal y cruel casi con inocencia. Podía dar o recibir la muerte como quien se emborrachaba. Muchos de sus usos y modales eran linajudamente cavernarios. En algunos de sus juegos los criadores usaban el látigo para levantar el entusiasmo decado de los participantes. Podían beber sangre humeante y manducar carne cruda como humanas auténticas. Una de sus diversiones favoritas era el *lin-o-tero* consistente en que dos amigos se tomaban amistosamente del cabello y tiraban de él hasta romper el equilibrio o hasta que se fuchaba e cueto cabellado. El propio Mariano Rosas se lo permitió a Mansilla como la prueba mejor de una amistad sincera y fraterna.

No es menos cierto que en el trato con el adversario de guerra o con el cautivo no tenía piedad ni misericordia. Pero es que las guerras civiles del siglo pasado, aquí o en España, fueron modelos de 'piedad evangélica'. Es que la tempera de los cristianos o la de los mazonpíctos era más lechosa que la de malón?

Y sin embargo cuando Mansilla no ocurrió su asombro viendo matar una vaca de un bolazo en vez de degollarla, la explicación fue: 'Para que sufra menos'. Y ahí en este otro caso la explicación no está en excusarnos de la suntuosidad sino en la necesidad y la ventura: no es menos cierto que el indio trataba al caballo con mucha más inteligencia y paciencia que el gaicho. Mariano Rosas amaba y cuidaba a sus caballos personalmente.

Sin duda alguna el aspecto de las tolderías más veritable para nuestra conciencia de hijos de la civil-

bización es la poligamia de los indios y el trato inferido a las cautivas y también a las indias.

He aquí, al caso esta observación de un explorador de hoy: "El progreso decisivo realizado entre los años 4000 y 3000 a C. consistió en trasladar la carga de las espaldas de las mujeres alomo de los animales al Noroeste de África o a carretas o a las por bueyes en Asia Anterior." *Gordon Childe*

Como en todos los pueblos salvajes, entre los araucanos la mujer era la bestia de trabajo: abastecimiento de todo trabajo, hasta el de carrear las reses o palear el suelo o cortar la leña, pues la tarea heroica del indio se reducía a la guerra y a la preparación de la guerra. ¿Que podían esperar las cautivas?

Solo que cuando el ejército cristiano asaltaba los aduares, la cara de la sujeción era la misma: violencia y violación, genocidio y castigo.

También es explicable que los indios favorecieran con su preferencia a las cautivas, dado que al man de la novedad se agregaba el del misterio extraño, que obra hasta en la zoología. Ese cristiano mas blanco, mas alto, mas pelo fino. Ese cristiano mas lindo."

No olvidemos que Mariano presentó al visitante su juego de cinco esposas entre indias y cautivas.

Al revés del gauchito, que era generalmente soltero y llegaba raras veces a la bella hora total, el indio bebía no sólo hasta la saciedad, sino hasta el desahucamiento y el coma. Bebió como que vive en la Cordillera o corre viento en la Patagonia.

¿Quien se ha preocupado de carrear las cosas de este deficit esportante es un tipo que era un modelo de esfuerzo y contrarior en la guerra con el cristiano? ¿Que era lo que el indio buscaba olvidar

o alogar en la alcoholización implacable e internacional? ¿No era a angustia creada por su inseguridad frente a la civilización algo como el presentimiento del Juicio Final de su raza?

Fue una prueba clara de respeto por su huésped y de respeto por sí mismo el que Mariano Rosas evitara beber en público: es decir mientras la orgia rugía y había espumarajos como en Cúque roto.

Por encima de todo hay algo que constituía como la definición constitutiva del indio pampa: era su condición de ladron y perseguido. Los funcionalmente ladrones que había hecho del robo al cristiano su industria única.

Y si bien esta piratería profesional podía explicarse como un labio esgrimido contra la usurpación sistemática de tierras por parte del cristianismo, no había justificación para el hecho de que los pampas se robaran entre ellos con el mismo fervor apatolico.

¿Había sido ese su estilo de vida en el Arauco original? No sin duda. Entonces lo que no es justificable parece explicable al menos. Fue sin duda la tentación del cuatrero e indolente y fácil — fomentado por la angustia mercantil de los cristianos de arborescencia de los Andes — lo que llevó al que a partir parte de su tradición de pueblo cazador y pescador, a farero y tejedor, recolector de frutos y sembrador de patatas. En parte repito, pues las mujeres pampas seguían siendo bradoras y tejedoras, y en los conchales que los caciques Mariano, Baigorrita y Ramón ofrecieron a Mansilla figuraban el chicho, el zapallo y la sandía. Es decir mantenían o se incorporaba un comienzo de práctica agrícola. Y Ramón era un eximio platero.

¿Que hubiera ocurrido a la civilización llamada

crisiana con buena intención y comprensión que nunca tuvo —ni aquí ni en el Perú o Méjico— se hubiera empeñado en educar escasa y socialmente a los paupers, transformando su humana energía y disciplina para el arte de la guerra en levadura para las artes de la paz?

Escuchemos este diálogo entre el coronel Manríza y el cacique Mariano Rosas.

Manríza. — Hermano cristiano, ¿a qué he de ir a esta lo que han pasado y hacen en adelante cuando pelean por los indios?

Mariano. *con visible expresión de tristeza.* — Hermano, cuando los cristianos han podido nos han matado, y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado a trabajar.



## PINCEN

Varias circunstancias hacen de Pincen un trío aparte entre los caciques de más cargas mentas de la familia. En primer lugar, al revés de sus colegas que entregan al alcazgo de sus nobles antecesores, Pincen, salido de la piñe ancestral como Benaparte, se viste su propia corona o yndia real, crea y enlaza con el ejército desahío su principado de Monaco entre dos arcas caciquías: la de Samas Grandes y la de Levoed.

El otro rasgo distintivo es que Pincen, al revés de Pante, Calvucuta, Mariano, Catral, Salgueque, Nacimera o cualquier otro de los valtas de la Media Patana, no pacta jamás con los guerreros cristianos, es decir, no entrega jamás la mano leona al león adversario para pactar manzanas con gusanos agrientos. Jamás traiciona nunca su persona destrazandola con un torpe castrense. Se quedó con el chupa y la bota de petro.

Por otra parte, a pese a lo reducido de su dominio y su trío, no prestó vasallaje a los salineros o a los ranqueles, y cuando se vino a ellos lo hizo en rango de aliado. En 1872, cuando la batalla de San Carlos, en que pese a la derrota, la molada se lleva cerca de cincuenta mil reses vacunas y vegetarios, y en 1875, con Namuncurá, en que las tacuaras refuyen arrean-

do trescientas mil cabezas de ganado y quinientas de cristianos.

Y acunamente la propia vida de Piro también es discutible. Él se llamaba Pincón de antaño, amante de sus antepasados, como es, rey egipcio. Ptolomeo llamabase Euopater o amante de su padre y decía haber nacido en Carthage, aunque corrían mentas de que era hijo de cristianos de Kenia, pago puntano, y que había sido raptado por un marón cuando niño. En cualquier caso, su aspecto no era de cristiano a fuerza araucana. No ojos y pelo de cristiano en un cuerpo menudo y seco.

Eso sí, había coherencia general sobre un detalle en que no era fácil dar con indio o gaucho tan cabal. Raquano del desierto de día como a medianoche, su sentido de orientación era el de las aves. Desnuda el timbre de todos los conciertos y relinchos. Por noticias de detrás del horizonte olfateaba el viento. Si rastreaba, los ojos se le volvían lupos. Educados según la pedagogía bruja del indio, sus caballos que no rodaban nunca y se burlaban lo mismo del látigo, el miedo o las bolas, que del cansancio o de hambre. A pie, su facon podía jugar con tres o cuatro saques cristianos a un tiempo. A caballo, su lanza trabajaba con la esperada precisión de una aguja de bordadora. Las bolas, disparadas por su mano, eran como fusil, lazo y vízcachera a la vez. ¿Su modo de entrar en la refriega? Como si tuviera, no una, sino varias vidas de repuesto.

Conocía tan bien como sus propias creencias su pampa cristiana ondulante de pastos y cerros y donde el horizonte condescende al nivel de los umbrales y su pampa india chapada de saimas o cruzada de unas y árboles espinosos. Sabía hacer fuego aun en el peor

tiempo. Llovizna viento o nieve— y aun con huesos o bosta. Y cuando era preciso, podía defender de la herida su sueño con solo el poncho y olvidarse de la sed y el hambre como otros se olvidan de sus deudas.

El coraje, el vigor y la astucia de Pincén eran tres personas distintas y un solo demonio verdadero. En el voraginoso curso de su vida individual, resumía él la biografía entera de su raza.

El araucano del siglo XIX era un bárbaro immitizado, y no por su gusto, a las ventajas de la civilización, pero averiado por los vicios de la misma y por su gran salto desde su condición de recolector de bulbos, frutos y hechos ulcestris a la de cazador millonario de vacas y caballos. Eso sí, salvó un determinado su intangible espíritu de independencia, y eso fue lo que lo mantuvo aún en la Pampa hasta su último día a caballo sobre el desoro vir en torneo de iguales contra la raza opresora mientras en el resto de América su raza estaba ya por debajo del nivel propiamente humano.

Eso fue posible sólo por su condición de caballero en el sentido originario. Y por eso se vio obligado a hacer de caballo una herramienta y un arma como no conocieran partes tártaros ni árabes. El caballo no se podía zapear con freno o sin él— cruzar medianas barriles o arboledas sin advertirlo ni meterlo el arte— comer lo que hallara o no comer— beber aguas infectas o salobres— tapar cincuenta u ochenta leguas en tierra no sólo permitido a los gauchos, aguantar a su mete vocado sobre uno de sus flancos para huir el bulfo— quedarse de platoon haciendo de mangrullo menor para que su amo revisase el horizonte— Estas y otras maneras mas, como la de servir de bocado y de trago a su mete cuando era preciso.

Puesto a tu el otro deserta a tu, anda y coge  
que se viene al suelo. Echando pie a tierra el caballo  
se arrima a su presa. ¿Estas muerto Pincen?  
Entorpeco no mas estando. Y con un salto sesgo  
de puma o retampago erapujan su facon atravesa  
al confuso.

No pasa mucho tiempo y Pincen vuelve a las an-  
dadas. Por el momento se reduce a bromear con su  
adversario. Unos cuantos corderos que pastan al  
pie de Fuerte, esperando un dia de fiesta o de vacas  
no amanecen una mañana. Poco despues sus cuerpos  
parecen adornando las ranas de un taca.

Otra broma. A esta va con sonrisa de calabaza  
es la que cuenta el comandante Prado. Cuando a  
delanta de los chuevarlos de 184 en la Verde mon-  
tables cabalacaa quedaron en poder del gobierno.  
Vieegas se arto unos ses mil truenes y de entre ellos  
eligió unos cuantos cientos por el vigor y a otros  
y refrendolos blancos o tordillos. Cuadros mas  
que los otros caballos y reservados para ocasiones ma-  
yores. Los blancos de Vieegas eran temidos por el  
credito de su regimiento y su fama llegó hasta las  
toiderías.

Los indios supieron o adivinaron que aquellos in-  
dios habian sido elegidos mas por su caratu que por  
su peso aunque Vieegas, como el viento de la Cor-  
dillera tal vez queria dar al espanto el color de la  
nieve.

Pero un día los blancos desaparecieron de los co-  
rales de la tropa como desaparece la nieve pisoteada.  
La vida del sargento y los soldados a cargo de la guar-  
dia quedó colgando de un pelo. Cuando previas las  
medidas del caso, el coronel ordenó la recaptura de  
la cabalada perdida, su humor era el de la tigre que

echa de menos sus cachorros. Y menos mal que todo salió a pedir de boca, gracias a la suerte y a la temeridad de los recaptos y también a que esta vez la persecución de cacique no estuvo a la altura de su hacha y su coraje. En efecto, un escuadrón de Villegas pudo llegar de sorpresa hasta los reales de Pincén, incendió parte de sus toldos, recaudó los blancos fauces y trajo, como abrojos de sus colas, algunos niños y mujeres de la tribu. Poco tardó la indada en masa en dejarse ver a cierta distancia del Fuerte amagando una carga. Villegas mandó poner en fila a los caídos frente a un pelotón de fuseros. Pincén, tasando a Villegas por su propia entraña, adivinó que la amenaza iba en serio y optó por contramarchar sobre sus huellas.

Hasta que Villegas resolvió un día jugarlo todo a cara o cruz y adentrarse en el corazón del desierto indio. Llegando a Pinuen-Hué, destacó al mayor Solís con sesenta hombres sobre Mala', paraje sito a tres leguas al N. O. de Yuta Lauquen. Dias después, en Loncoché, Solís sorprendía los primeros toldos. A otro día llegaba a Laguna Grande. Un conjunto oleaje de dunas rodeando una Canaan de pastizales y árboles indígenas. Allí acampó Villegas. Seis leguas adelante y se acercó a Mala'. Un indio capturado en el camino chismó que allí estaba la toldería del cacique. Mala' agua dulce y a rudo, tierra de regata pastos de lo lindo lo mejor, todo guardado por una cerca de caldenes chañares, espinillos moles y a garrobos, algunos de troncos rolizos como pipas trenzadas de en-dadetas en flor. El campamento de Pincén por esos días.

Los invasores se fueron arrimando agazapados y enfrenado el aliento un más ruido que el de los ro-

razones apuras como el que cruzó junto a un jaguar dormido. Dormido estaba el buscado, y cuando la soldadesca rodeó de repente los tolcos y creyó reconocer al cacique en un jinete que huía con un niño en brazos, se le echó a la zaga. ¿Darle alcance? Venían, sí, de cuando en cuando, subir al galope las lomas en su soberano reino, a veinte cuarcas para desaparecer de nuevo. Solo que el rumbo se fue fatal, llevándolo de las bridas a las lamas. Adivisar en Vista Lauquen el campamento de la milicada debió decirle que la suerte lo había vendido a los blancos platudos.

Cuando los zagueros traspusieron la última loma vieron que el caballo de Pincén huía sin jinete. ¿Había rodado, hiriéndolo o matándolo? ¿Era una nueva trampa? Se dispersaron orando jerme a jerme en alto pastizal nacabalé. ¿Dónde? Como buscar un clavo en la arena. De pronto algo se movió junto a una mata. Era un niño. Fueron acercándose lentos, con el dedo en el gatillo. Al fin. Pincén. Estaba dormido o muerto. Cuando se intentó alzarle de gacillos, resucitó de golpe abrazar firme a su último hijo como queriendo esconderlo contra las bridas.

Al serle presentado a Vilegas dijo: "Arabando Pincén. Ahora podés mandarle cortar cogote". Otros varían la frase. Vilegas le dio seguridad de vida y mandó quitarse las amarras de tiento. Llegado a la guarita de prevención y al ver preso y humillado a su señor, sus mujeres e hijos a zafaron en coro el canto tirando sus dedos y cordeles o arrancándose el pelo.

Alguien le preguntó: — ¿Por qué te separaste de Calucará? Porque soy indio argentino y Calucará es vorongo de Chile usurpador de nuestra tierra.

Y otro: — ¿Cómo siendo tan valiente y buen gau-

cho te dejaste tomar dormido? Porque a todo hombre le llega su hora.

Remesado a Buenos Aires, con destino a Martín García, al llegar a la estación final la plebe allí presente lo agasajó con sarguero, quizá adivinando que por encima de razas, lenguas y credos, un destino de derrota llega a los desposeídos.

Cuando Pincén se apeó de su caballo y su lucha tenía sesenta años, quince mujeres (una sobrina de Arregondo entre ellas) y un tumor en la rodilla.





## SAIHUEQUE

### *Prehistoria del Nahuel Huapi*

Los indios chilenos contaban a los españoles de la conquista de un lago tan desaforado y azul que era como un hermano mellizo del firmamento anclado entre bosques tan verdes como la infancia de la hierba.

En 1552 Vilagrán, capitán de Valdivia cruzó la Cordillera por el paso de Villarica y llegó hasta el Río Negro, pero aunque venció a los indios, tuvo al fin que retroceder ante sus flechas de ponzoña más letal que la de las víboras. En 1602 Villarica fue destruida por los ataques de la zona. En 1649 el capitán Diego Ponce de León emprendió una vasta expedición cinegética contra los indios puelches de la faja oriental de los Andes y se llevó unas trecientas piezas vivas. Lo que se llamará malón no será pues, más que un contramalón: es decir el mero rebote de una pelota lanzada por los blancos.

En 1650 vino de Chuac el jesuita Rosales a devolver algunos de los cautivos y a apaciguar el avispero aun zumbante de los indios. Será ese el método de los cristianos en su ofensiva general contra los indios: usar alternativamente la soga de cuero crudo del militar o la de seda del sacerdote. Rosales llegó hasta el Nahuel Huapi.

En 1670, y después de una asoladora expedición del capitán Villaruel contra los puelches, vino a apaciguarlos el padre Mascardi con un contingente

de cautivos a restituir. Escuchó de los indios noticias de la existencia de una ciudad de hombres blancos y de plata mas blanca y abundante que ellos.

En 1707 el padre Der Meren estableció una misión en los alrededores de donde el Nahuel Huapi se llama en Limay. Al morir el padre Caceres como su sucesor descubrió el paso perdido del Viento que nombre que alude a la oscuridad por la antropofagia de los naturales Huapichos que permitía la mas abreviada comunicación entre el lago magno y Chiloé. Pese a sus flechas venenosas y a sus consejos sobrenaturales los vientos habian sido vencidos digo harpones de raíz.

En 1716 los indios tambien desterraron de este mundo a Guglielmo mediante un brujero de ríndia inficionada. '¿Adivinaban que la misión apostólica era el primer peñaño en la escalera de descenso hacia la servidumbre y extinción?' Poco despues repitieron el ensayo con otro revuelto llamado Elenea. Desde entonces el secreto del legendario puerto se perdió otra vez y en vano lo buscaron los nuevos exploradores a lo largo del siglo xvin y casi hasta el xix.

Desde el lado oriental, ningún viajero cristiano habia llegado al hierático Nahuel Huapi. De él solo sabíase que exportaba sus aguas al lejano Atlántico sobre los lomos del Limay y el Negro.

Cuando en el siglo xvin el jesuita Falkland que recorrió tal vez pocas leguas pero recogió muchas lenguas de la Patagonia, publicó sobre ella un libro que era una suave invitación a Inglaterra a recogerla como tierra de nadie. España abrió los ojos y V. I. R. no, su enviado penetró por las bocas del rio Negro y siguiendo aguas arriba se detuvo en la confluencia del Limay con el Collon Curá no lejos de Villarrica. No llegó, pues, al Nahuel Huapi.

En 1833, cuando la expedición al desierto organizada por Rosas, el comandante Descalzi reenteró la hazaña de Villarino. Rosas se quedó detrás del Colorado, dejando la portica portica mediante un nutrido correo con su esposa, pero uno de sus generales ocupó simbólica, es decir, transitoriamente la isla Choe-Choe. Se sabe que cuando la Legislatura la regaló al Hroe del Desierto, él prefirió cambiarla por sesenta leguas bonaerenses a su elección.

Por tierra las cosas no iban mejor. Ya bajo la presidencia de Sarmiento, y pese a la cruzada de Las Cruzes a fines del siglo anterior desde Buenos Aires hasta Melnue en Santa Fe, y la del coronel Pedro Garcia en 1810 y 1820 desde Buenos Aires hasta Saanas Grandes, todo lo que hoy se llama provincia de la Pampa, mas amplias zonas de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Corioha, San Juan y Mendoza y casi toda la Patagonia, entraban mas en la leyenda que en la geografía y sus mapas.

Hacia 1870 la frontera vir se ha estancado en Azul, y Chavarría, Bahía Blanca y Carmen de Patagones son solo yrias avanzadas en la soledad sin fondo.

### *Redescubrimiento del lago sagrado*

En 1875 Francisco Moreno se aventura hacia el Pais de las Manzanas, enfrentándose con la inmensidad y el misterio, con los siglos sumergidos de la prehistoria y la prehistoria, y la hegemonía absoluta de las tinieblas siempre ganosas de abreviarse en sangre bautizada.

Azules caba sostenido que es aucas eran enollos de las faldas orientales de la Cordillera y su cruce al

otro lado se facilitaba por el paso de Villarrica. Los indios propiamente pampas eran los tehuelches del norte y sin duda poco tenían que ver con los salineros de Calfacurá, intrusos venidos de Chile atraídos por las vacas, como los loros del desierto atraídos por los choclos.

El mayor interés de Pancho Moreno en su visita a los Andes australes era tomar noticias del viaducto que llevaba a Chile y al Pacífico.

El campamento de Sathueque—el gran cacique del País de las Manzanas, está enclavado en un recodo del río Calefú. Moreno penetra por el aceduto basáltico del Collón Cura y se encuentra con la embajada de Sathueque. Esta compuesta por más de cuatrocientos caballeros de vincha y lacnara empunada que lo agreden amistosamente con un ceremonial de diez horas seguidas de preguntas y respuestas, discursos y cabrisolas tan revueltas y porvolantas como el viento zonda en persona.

Este rincón de Calefú era, pues, la capital del imperio de las manzanas, es decir, de Sathueque que colindaba al norte con Mendoza al sur con la vertiente austral del Nahuel Huapi al oeste con los Andes y al este con la frontera sin fondo del desierto patagónico.

El escenario es como el reino de un rey mago. Aquí y allá ventiqueros y picos de soberbia monarquica diademados de nieve y faldas custodiadas de araucarias y pinos. Lagos tan azules y hondos como la lejía, bosques haciendo de puente entre las rocas y las nubes ríos entabillados de saltos y enjados de espumas. A la distancia, el Tronador con ronquidos que se oyen desde muchas leguas.

Los fundadores de Villarrica, brujuleados siempre

por el sueño de abrirse camino hasta Buenos Aires, fueron estableciendo campamentos, permanentes a veces, a lo largo de su itinerario. Y así, de juro apareció la *Ciudad de los árboles*: árboles de fruta del Vieo Mundo cuya existencia comprobó Zeballos y que parece haber engendrado la leyenda de la *Ciudad de los Césares*, que transformó el mágin y agotó el esfuerzo de Garay, Hernández y tantos otros, porque en esa nueva Cuzco las mujeres eran más blancas y hermosas que la plata y la plata abundosa como en plenitudo. Con todo, un investigador de hoy parece demostrar, con documentación fehaciente, que el origen de la leyenda fue el copioso establecimiento *La Carolina*, sito al pie del cerro puntano Tomolaita. [M. Montes Pacheco: *La leyenda de los Césares*, "La Prensa", 10 de septiembre de 1967.]

Sino que el trueno brujo del *Reino de las Montañas* es otro de más hermosura y permanencia que no importa qué ciudad sea: el Nahuel Huapi que es como un cielo aorado y caminando entre cerros histonados de manzanas y cipreses tan limpio que sólo los ojos de los bienmues son capaces de reflejarlo sin mancha.

Chocón, padre de Sathueque, fue un redomado cacique del primer tercio de siglo que, rechazado por las tropas de *La campaña del desierto* en 1833, perdió un escudo de cuero que fue entregado a Rosas, quien se iba jactar de su posesión como si fuera el escudo de Ajax.

Sathueque por estos días es un varón de mediana edad y de decidora presencia. Luce poncho azul, bota fuerte y chambergó a la Mure. De no ser por su lengua herete pasaría por un gaucho acomodado. Según se dijo siempre, recibió de su padre el consejo de no meterse con los cristianos, pues opinaba que de no ser

por éstos, los indios aun andaban en pelota. Verdad es que en una ocasión olvidó esa preceptiva cuando en 1854 el y Chacava, barrabasadas de la moredad, asaltaron la estancia porteña de San Antonio de Ando de recuerdo en registro de difuntos.

En su pago de Calefú, desde donde se gobierna a ojo la hoya del lago Lácar y las vegas edénicas de Chapelecó, Sathueque acoge pues, amistosamente a Pancho Moreno. Años atrás junto con los caciques Inacaya y Foyel, Sathueque había negado apoyo a Calfucurá. Acepta pues, de Moreno el obsequio de una bandera argentina y la iza en el mopete de su toldo. El cacique Nahuel Pan es quien se muestra el amigo más entusiasta del explorador y el cacique Nancucheuque lo agasaja con un calentoso banquete de maíz hervido en sangre y espesado con momo-ngo de vegua.

Como era mandamiento heredado que ningún cristiano debía cruzar el itimo que separa las dos aguas grandes (los Andes separando los dos océanos mayores) le fue vedado el viaje a Uñue pero no a Nahuel Hapú. Con todo su vida estuvo colgada de un hilo el cacique Chacava pudo su vida, acusándolo de espía chileno. Y fueron precisas toda la abogacía y toda la elocuencia araucanas de Sathueque para salvarle el pellejo. Y así fue cómo pudo regresar a Buenos Aires condecorado con el título de primer cristiano que, partiendo del oriente, visitara el lago sagrado.

## *Saehueque despierta*

Cuando en 1879 Moreno regresó al País de las Manzanas las cosas negrecaban como un dedo gangrenado.

Pancho Moreno y Alvaro Barros estaban entre los contadiscos que respecto al indio sostenían la única doctrina vanda no solo desde el punto de vista del progreso externo sino también del progreso del alma. Luchaba un el cual el otro aborta en un carnaval fúnebre. Esa doctrina vanda a decir que al indio no se le había que reconocerle su derecho a su tierra y a su vida sino también a participar de las ventajas de la civilización que los cristianos habían heredado de otros y que importaban a nuestras tierras vírgenes. Y para ello no había otro comienzo que el de auxiliarlos con el arado y el alfabeto. Que eso nunca se intentó siquiera es verdad que saca la cabeza de la más intrínseca maraña de mentiras convencionales. Ambos profetas, profundos conocedores del problema, ponderaron lo fácil que hubiera sido para los gobiernos crear una comisión integrada por indios que hubiera estado la incorporación del indígena a la civilización y hubiera terminado por civilizar del todo a los cristianos.

El estudio de la tierra y su reparto con elementales normas de justicia civilizadora hubiera permitido al gobierno errar en el vértice del triángulo del Umay y el Neorren una de las más ricas provincias argentinas' (Francisco P. Moreno). 'En cambio se vendía a tierra por una bicoca a los favoritos y a los potentados holgazanes' (Carlos Bartolomé).

Lo que pasó ya lo sabemos. Se prefirió el fra de al alfabeto y a la sombra de trigo la de bajas. Pese a

su delante unpoluto de civilización y evangelización, el malón blanco, según vimos precedió al otro y fue mucho más negro.

José Hernández se condolió de la suerte del gaucha y denunció sin ponerse la mano en la esquina de la boca, las perterrias cometidas con el Panto con los colores crudos la vida de las tolderías y los horrores del malón, pero se guardó en el tintero las barbaras sagas épicas y sacramentadas de los patanos aventando las tolderías como paja de trigo, después de la masacre y el estupro a son de clarines y de rapto de mujeres y niños para trocarlos en esclavos caseros y castrenses.

Mientras tanto yendo aún más allá del País de Las Manzanas, Moreno, que se arrogó el título de primer explotador de la alta y desahogada Cabaña lacustre amojonada por el Futa Laquén, es, Situación el Menéndez, el Kruger, el Verde, el Cuspe y vestida virtuosamente de robles, canelos, laureles, maitenes, coihues y coigues, alerces, arrabanes y manzanos y praderas de césped y fruta. Moreno vio cosas que congnó con sencillez y valerosa honradéz.

El araucano Colomila se erige a si mismo en adelantado de la buena causa y "obtiene excelentes cosechas de trigo". Inacaval, el primer poblador establecido en las cuencas del Nahuel Huapi es un poncio de la civilización en aquella zona y para ésto le bastó con haber pasado por Buenos Aires, aprendió el alfabeto del progreso y adoctrinó a los indios sobre el cultivo del maíz, el trigo, la cebada, el zapallo y la papa en la rinconada de Tequel Matel. Por este delito se verá más tarde aprehendido y remitido a Buenos Aires.)

Con el cacique Foyel, que prestó asonismo muy



buenos servicios a Moreno, pasó igual cosa. El ejército había ocupado sus tierras, y lo mismo que en el caso de Inacaya, él y su familia fueron remitidos a orillas del Plata, y allá lo instalaron en el Tigre. Moreno lo lleva más tarde y lo aloja en los traslucos del Museo de la Plata. Lo ponen en libertad al fin. Cuando en 1896 el Perito Moreno vierte de nuevo la Cordillera —en una cruzada diplomática que evitará el cercenamiento de miles de leguas a. mapa de su patria— Foyel lo esperará junto al arroyo Casul cerca de Tecka, para darle el saludo de su amistad y gratitud profundas y otorgarle sus servicios (¡Pobrecito Foyel! Será el momento en que recibirá una noticia funebre: debe abandonar el valle de Tecka adquirido por sus señores de Buenos Aires).

También la situación del explorador argentino en estos días de 1880 se va volviendo día a día más inquietante. Hasta los indios más decididamente amigos de los cristianos han perdido el último resto de su fe en ellos. Una india ha envenenado a Hernández, compañero de Moreno, y éste escapa por un pelo de seguir sus huellas.

El corazón del Sathueque ha cambiado también de orientación como gallo de veleta. El buenazo del cacique ya no duda que su tierra que creía firme y segura como una estaca pampa es un tremedal ahora. Desde el plano nordeste baja el rastrollo cristiano que viene batiendo a los indios hasta la Cordillera para estrellar sus últimos restos contra las rocas o chapuzarlos en sus lagos. Si él y su tribu se habían opuesto en redondo a Namuncurá, negándose toda colaboración cuando en 1875 el cacique salinero desató el más ancho marion de todos los tiempos. Pero ahora ya no tenía ningún sentido cumplir el mandamiento vene-

rado de Chocón su padre no derramar una gota de sangre cristiana. Sathueque no puede admitir que su compadre Pancho no comulga con sus propias hermanas de sangre en ese ideal entre mercurio y canchal de lucrar de indios la tierra patria y lo va a denunciar y condenar con honradez cristiana y corajuda.

Por otra parte hay también que la voluntad de un cacique araucano no se ciñe como sombra de agua sobre su tribu: es solo la primera entre sus parres, y debe discutir y concordar con ellas en su primer medalla de oro. Ya ha rido, además, consultado el *machi* en el del tambor agüero y el cascabe reñeno de guijarros, el brujo capaz de caminar sin pisadas y ver en los cielos a los no venidos como el buho ve en el bosque nocturno.

El *machi* ha comunicado a los indios manzaneros que el leodolito de Pancho Moreno es en realidad un canon de tiempo capaz de matar cien hombres y un ojo brujo que puede mirar el sol sin pestañear y entenderse con él.

¿Que ni Sathueque ni ningún cacique de las Manzanas ha manchado jamás sus manos en sangre de cautivos? No importa. Los dioses mapuches tienen ahora sed de sangre bautizada.

Los guerreros de la tribu practican todos los días como una liturgia, su gimnasia bélica atropellando leguas con sus caballos lanzados a fondo, desventajando el silencio y el espacio con sus gritos audaces, con sus lanzas más fúchies que cypresses levantando en sus puntas hacia el cielo, como una rávaga alza hojas secas, matas de neneo o de corón.

Se ha hecho ya el sacrificio de mandamientos a los dioses araucanos —tan golosos de sangre como sus

teles— decollándoles dos callos: un alazan ravado de a aleje en biema de la guerra, y un blanco ravado de rojo, emblema de la paz, todo eso rematado en una oración alcohólica: no por sagrada menos infernal.

Pese a la lealtad a su amigo y compadre Saihueque tiene que estar esta vez de todo con los suyos, y Moreno es el primero en reconocerlo así: "Defendía su patria. Se creía dueño de la tierra por derecho divino." La Junta de Quem Quem Tacu y el machi han dicho su última palabra, mientras Moreno y su sequito, ya cautivos, aguardan su hora en su toloco carcelario. *Luta Huentru, el jehoa mapuche, sólo se aplazara ofreciéndole el corazón del humca en la punta de una lanza.*

En un repente de desesperación, que no veda el ajuste de la máxima prudencia a la máxima audacia, Moreno seguido de los suyos escapa llevando a la rastra, para borrar sus huellas, el poncho que le regalara el cacique Inacaval y que clareaba aquí y allá de los inferidos por la última borrachera de los indios.

Pancho Moreno, pues, sin segunda intención que manchara su te, fue quien hizo flamear por primera vez sobre el toldo de Saihueque y sobre las tierras indias de la precordillera austral el trapo sagrado de los argentinos: la bandera de la civilización y la liberación.

Sólo que después vino el fraude reverendo. Contra los indios, que desposeídos de su suelo pasaron a ocupar el subsuelo. Y contra los gauchos, que compartieron este último destierro o se jubilaron como mendigos.



## NAMUNCURÁ

### *Un pretendiente a la corona*

Al cerrar la vincha imperial de Salinas Grandes, Namuncurá o *Talón de Piedra*, andaba por los sesenta y tres años.

He aquí los principales rasgos de su prontuario infantil y juvenil confeccionado por sus biógrafos y en especial por el mas prolijo de ellos el teniente coronel, Acliston Goldney en su *El cacique Namuncurá*.

Nace en Chilo en 1811, es decir, el mismo año en que Domingo Sarmiento, bajo cuya presidencia él llega a cacique mayor de los salineros.

Pertenece a la tribu *llamache*, nombre derivado del volcán Llamá, sito al este de Temuco.

Su madre es Juana Pitelev, cacica de noble sangre araucana, es decir, sin mezcla de linajes villanos.

Se cria al aire libre, bañándose todos los dias en las frías aguas del arroyo Llamá, igual que todo el resto de la tribu.

Como su padre es un cuarentón o cincuentón sometido a docenas de esposas, el niño pone el mayor cuidado en distinguir a sus hermanos uterinos de sus incontables hermanos de solo sangre paterna, a fin de no enzarzarse espinosamente en sus juegos que consisten, principalmente en ejercitarse en el manejo de las boleadoras y el lazo, cuando no del cuchillo.

A los cuatro años prendiéndose a su cruz y a su crin, aguanta el galope de un caballo, y en premio le

agajertan las orejas para colgarle un par de aros que usara toda la vida.

A los doce años es pñete redomado, y a los quince boleador enlazador, cazador y lancero sin reproche, y ya ha templado su ánimo asistiendo a los estroveros de sangre y muerte como otros a un desfile patrio, todo lo cual no ha averiado su gusto por el baile, el gaiteo ni el trago, aunque sin demandarle ni estorbarle en las tareas mayores.

Algo más. Asiste con no menos interés a los parlamentos y debates de los grandes de la tribu, donde el torrencial orador que es su padre maneja las razones en pro o en contra de una causa con igual hábil que las borraeras o la lanza, o rinde al contrincante por cansancio físico.

Taion de Piedra comienza a ser el favorito de su padre en toda actividad pública por su arrojo y su despejo, y en 1831, mozo veinteanero, viene a mano derecha de su progenitor en la primera invasión de los llamathes a tierras pampeanas, cuando la actitud del gobierno bonaerense los obligó a replegarse sobre la faja de la Cordillera.

En 1834 parece haber ocurrido lo siguiente. Las tribus voroganas asentadas en campos anseros del norte y este de Carhué al mando de Martín Rondeau y otros caciques, manteníanse en buenas relaciones con Rosas, pero ese año incurrieron en su malquerencia a causa de "haberse negado a entregar todos los cautivos y los ganados robados a los estancieros au-gos" y de haber dado muerte al cacique Toriano, que acababa de pactar con el jefe del fuerte de Bahía Blanca. Autorizado por Rosas para establecerse en Salinas Grandes, y sin duda con media palabra para algo más, Calfucurá invade Masallé y ataca a mansalva y con

pavorosa alevosía a Rendrau y demás caciques, y el Comandante de Vincha decapita a la tribu hermana de los vorogas en la persona de sus jefes, y se planta para siempre en Salinas Grandes. De la intervención inspirada de don Juan Manuel en la hecatombe no hay dudas: carta de Calfacuta a Mitre el año 64, carta de Rosas al ministro general Gardo y 20 de setiembre de 1854, carta de Indio Miralican el 15 de ese mismo mes y año al jefe de Fuerte Argentino. A C. Goldney: *El castro de Namuncura*. Es decir que Calfacuta se establece en nuestras pampas no sólo con la venia sino con la connivencia de alta traición de Rosas. Rosas cae en 1852. Pero Calfacuta que llamo Chelime a su territorio de Salinas Grandes y que ha venido creándose a su sombra asume toda su gigantesca estatura inmediatamente después de Caseros, cuando aprovechándose de la convulsión que fatalmente debía suceder a la dictadura patarista, consigue que ningún cacique lograra antes: la Santa Federación de todas las tacharas de la Pampa y de la falda de los Andes. La hegemonía rosista duró veinte años: pero la de su sucesor y sus cómplices cristianos comenzó antes, pateros jefes de frontera y estancieros de uno y otro lado de los Andes: duró cuarenta. Cuarenta años en que pagaron tributo danadresco no sólo las reses arreadas, sino los galentes de los fortines o vauchaboldados y los viejos pasados a cuchillo o a lanza, y los niños y mujeres fundiéndose en el tremedal de la esclavitud araucana.

Volvamos a hijo electo de Piedra Azul. Bajo el gobierno de Rosas y siempre como brazo derecho de su padre, Namuncura ha tenido tiempo sobrado para aprender de memoria el juego retorcido y viscoso y

ponzoñoso de su progenitor en sus relaciones con los gobiernos cristianos y de estos con él.

En 1838 como seminario de Rosas recibe invitación de perseguir al cacique Rautel chileno, que se retira sin apuro hacia el paso de Villarica timoneando un atreo de cien mil reses encontradas por azar en las estancias portenas. Calfucurá alcanza al excursionista avienta su escolta, lo alivia de la vida, recobra las reses y se las guarda en el bovilo.

Sólo que en ese mismo año los calfucuraches son rodeados y saqueados por el mayor Usao.

En adelante, sin romper nunca con el Restaurador y sin dejar de cobrarle la pensión Piedra Azul envía o inspira diversos malones que llegan hasta Santa Fe y Córdoba. En 1844 se deja sentir en el partido de Rosas. En el 46 atropella a Chivilcoy. El general Pacheco tiene que costearle hasta Salinas Grandes a exigirle el cumplimiento de sus promesas de paz y él se apresura a ratificarlas. Todo ello un inconveniente de ladearse hacia Baigorria y los ranqueles, antiermanos de Rosas, y de coquetear con Urquiza mas tarde.

Antes de Caseros, lanza un malón sobre Bahía Blanca. Después de Caseros se derrama con tres o cuatro mil lanzas sobre varios pueblos de la provincia.

A la cabeza de los lanceros de más profundo empuje anda siempre el segundo general de las huestes, su hijo Namuncurá *Talon de Piedra*, va en la plenitud de su vigor, su guapeza y su tino, incitando a los suyos a rememorar las hazañas de Caupolicán y Laritatos.

Chasques llegados a Salinas Grandes vienen a ofrecer la paz y la aparcería de Urquiza que acaba de divorciarse de Buenos Aires. El diplomático salinero



no se apresura. Se cruzan oficios entre ambas cancillerías. En 1854 una embajada presidida por Talon de Piedra llega a Paraná con un manifiesto presente de cañavos y otras prendas del desierto. La tribuición en aguardiente, tabaco, azúcar, yerba, trapos y quincaja no es menos ostentosa. Mal lavado aun de sangre de huicacas, Namuncurá recibe el bautismo de la Iglesia con el nombre de Manuel o Emmanuel.

*Dios con nosotros* — escrito en el almanaque por su padrino el general Urquiza. *E. Zeballos, F. Strehen.*

Después de esto y en casi todos los años que siguen, y siempre con Namuncurá como primera lanza, los cafucurachos favorecen a los pueblos de Buenos Aires con las más demoleadoras y suculentas incursiones y retrocegas: la de Sierra Chica en que fue desmontado el rosario Mitre y todo su ejército; Tapalquen en que el pueblo fue reducido a corral por los indios después de aventar como pa a las luestras del general Hornos; la estancia de San Antonio en que Yanquetruz acometió y deguelló al comandante Otamendi y a sus 121 mestizos.

En 1858 las lanzas y boleadoras de Namuncurá asoman sobre Lobos, Tandil y San Antonio de Areco aunque Paunero y Conesa lo atajan y disuergen en Tres Arroyos.

El mismo año Callicurá acompañado de su hijo Manuel y del más ladino de los caciques, llamado Cristo, visita nuevamente a Urquiza. Lo que no impide que por razones puramente económicas — las de vender los cueros y la lana a los porteños — las relaciones entre Callicurá y Urquiza hayan venido relajándose. Y aunque también se han aflojado las de la alianza de los gobiernos pampas, eso no impide que los misioneros sueltos aumenten en actividad y número.

«Y cómo puede ser de otro modo si la guerra con el Paraguay —, pichincha de oro! — acaba de dejar las fronteras tan indefensas como un venado en otoño cuando pierde las astas!»

Pero la diplomacia de Salinas Grandes precisa mirar por el ojo de la llave en Buenos Aires. Al efecto, llega una embajada con propuestas de paz integrada por ocho capitanes de pro y presidida por Viamonte que alojada en el Hotel Argentina de la calle Piedras, por orden del vicepresidente Marcos Paz, se dedica a estar un trimestre manducando, chapando y estirando a sus anchas y atibando mejor lo que les conviene.

En 1868 Sarmiento asume la presidencia. Desde 1857, en artículos de *El Nacional*, venía sosteniendo que la gran retaguardia económica y militar de los pampas estaba en Chile donde no sólo contaba con tribus hermanas para remontar sus huérfanos diezmados, sino algo más importante: allí estaba el mercado para colocar el producto mayor de sus vacas cuatristas. Solamente en 1870 alrededor de 200.000 reses vacunas y segurizas cruzaron los pasos cordilleranos del sur con ese destino. Era secreto a voces que entre otros el general Bulnes más tarde presidente de Chile poblaba sus estancias con vacas pampeanas compradas a precio de quemazón. Félix de San Martín, Neuquén. Tampoco era misterio que muchos cautivos morían como esclavos en algunos feudos trasandinos (L. Lugones, *El payador*). «Y no denunciarlo, diputado chueco Pedraza, en pleno Congreso, ¿tráfico rufianesco? No decir que los reclamos via diplomática, de los gobiernos de Avellaneda y Roca fueron contestados con diplomáticas zalemas».

Se explica de sobra, pues, que cuando el flamante

presidente Sarmiento mandó ocupar la isla Choele-Choele —la "Volcaltar del desierto"—, es decir, el gran portal para el desfile ritual de vacas a Chilo—, Cal-lacura creyó que se le amenazaba aumentando sus sa-cuaras y boleadoras con otras traídas del Neuquén y de Chile. Y que como argumento más convincente ordenara a Namuncura visitas a Bahía Blanca con dos mil lanzas, aunque no fue culpa suya que en la madrugada del 23 de octubre del 70 fuera sentido a tiempo y tuviera que verse sobre sus rastros. Se disputó eso sí con el fuerte *El Centinco de Mayo*, como pese a las seguridades de vida dadas a sus defensores si se rendían los mandó lancear sobre el tambor. Después requirió un apuro los negocios y lugares de Tres Arroyos y se retiró con su arma de cargueros y cautivos.

El futuro cacique general demostraba estar ya maduro para el mando supremo.

### *La rancha imperial*

En Chubut, a algunos kilómetros de la toldería oficial de Sanas Grandes, en el paraje llamado *La Rinconada* porque allí el bosque forma un abra hallabase el lugar llamado *El Curco* por los salineros, recinto consagrado a parlamentos y bailes públicos de las tribus principalmente a las ocias sagradas del equinoccio de primavera que duraban varios días con sus noches y a las que asistían delegados venidos de los más lejanos rincones de un territorio que abarcaba miles de leguas cuadradas.

Fue allí donde, sometidos a una invitación cursada con la antelación del caso por los herederos de la co-

zona de Salinas Grandes, se reunieron los originarios principales —un total de 220 caciques y cacatanjos— del imperio, a fin de elegir a sucesor del gran Caafacura, llamado por *Huenu Pucan* o, Alah araucano recientemente vale decir, después de dejarlo galopar más de cien años sobre la tierra. Todavía los *culturans* o tambores funerales de piel de gato teñidos de rojo seguían honrando la partida del cacique magno.

Ni decir que allí estaban representados los más altos linajes de la Pampa y la Cordillera, o bien a grasa de potro y a totem los *Cura* (pietra) los *Lauquen* (laguna) los *Leucu* (nos), los *Mahuia* (vaca), los *Loo* (medano), los *Puma* (con), los *Guor* (zorro), los *Luan* (guanaco) los *Choique* (avestruz), los *Huemul* (venado), los *Sancu* (laguna), los *Nahuel* (tigre).

La augusta tarea no resultó fácil. Y no por falta de herederos, ciertamente, ya que llegaban a veinte los habidos con esposas oficiales, sin contar con los dedos de muchas manos los frutos de uniones morganáticas. El problema radicaba en que Mincuncura, el hijo mayor y heredero número uno de la corona, no tenía más título que el de ser uno de los mejores chupadores en muchas leguas a la redonda, ya que sus dotes de gobernante eran unanimemente desconocidas. Los electores que deliberaban sentados a la vuelta sobre sus ponchos de colores vivos (mientras detrás verbenaban innumerables guerreros temblando muy en alto los plumeros rojos, blancos o negros de sus lanzas) se encontraron bifurcados hacia dos candidatos: Manuel y Bernardo Namuncurá, ninguno dispuesto a ceder su derecho y sus pretensiones al otro. La guerra civil parecía ya asomar su cabeza desgreñada en la asamblea.

Entonces —como el Calchas de Homero o el Colocolo de Esclila— intervinieron la larga experiencia y la arte a sabiendas enartadas en el matusalemico Huenchigar de verbo temeroso pero escuchado por todas las orejas. 'Prepaso que' Un triunvirato integrado por Fernando Namuncurá, Manuel Namuncurá y Avarito Reumaycurá.

Era el modo de conferir el mando al mas capaz de todos sin herir el celo de los otros dos. Bernardo, un barbotata de sastría, un escribano de los toluos, y Avarito mas lanza que cabeza y rapaz borrachín de vino y sangre arena y de entrañas dignas de su nombre *reumaycurá* "duro como piedra".

El nuevo cacique parece resque en su cuerpo y en su espíritu y en grado mayor, las mejores cualidades de la raza. Vigoroso y diestro y rey de coraje. Su desmesurada audacia tiene dos ojos: la inteligencia y la prudencia.

Un cronista autorizado sostiene que las cualidades serenas del guerrero araucano son el interés, la intensidad el dinamismo y la seriedad y que tiene un soberbio desprecio por la verdad y la honra. Así será, aunque admitiendo excepciones y sin olvidar que tales cualidades suelen ser tambien mas privativas de la mayoria de los caudillos romanos y cartagineses. para no hablar de los estuarnos piénsese en los de la conquista española y en los etes rurales o municipales de nuestros camorras civiles.

Aunque de estatura menos que mediana, Namuncurá tiene algo de punta en la pujanza y presteza de su musculatura, en los ojos serenos y en el bigote ralo y duro. Su cran no es mas suave que la de su caballo. La sonrisa es tan ajena a su rostro como la flor al arrenal insolado.

En su pleito con los cristianos Namuncuá se conduce como un consumado diplomático: es decir, como un prestamano de feria. Mientras trabaja sin pausa para el éxito de su más operosa tarea — sellar e hincar la agujereada federación pampa para oponerla como un abeto a la línea cristiana — por el otro costado ostenta el más fervoroso empuño en entenderse pacíficamente con el señor Gobierno, y tanto, que prefiere dirigirse una y otra vez al arzobispo Arcos llamándolo 'segundo Dios' sin duda con el único fin de investir de autoridad santísima su alhucenya.

La actitud de los delegados de la civilización no es menos fraudulenta. Mientras continúan entrar en tratativas con los indios sobre la base de reconocerles pleno derecho a las tierras que ocupan, destacan sobre esas mismas tierras ingenieros empeñados en estudios topográficos tendientes a preparar el próximo golpe de mano para resolver definitivamente la cuestión.

Ambos contendientes se achacan mala fe y en eso es lo único en que no mienten.

Namuncuá sigue trabajando sin tregua y sin dar puntada sin nudo para remendar la avanzada de sus hijos del desierto. Sigue firme como una estaca pampa en su determinación de cumplir al pie de la letra la última manda de su padre: no entregar ese caballo de Troya con pradera y todo que es Carhué. Al mismo tiempo escribe al gobierno exigiendo doscientos millones de pesos como sueldo de los carhués retirados por las fuerzas oficiales en las fronteras de Puan, Carhué y Guaraní.

Rematado con éxito su empuño de confederar de nuevo casi todas las tribus pampas y logra la colaboración contra los cristianos, de Juan José Catriel

—reunido así un total de ses mil lanzas— desata a fines de diciembre de 1875 las primeras oleadas sucesivas de la llamada "invasión grande" en que se combate sobre un frente de cincuenta leguas y que alcanza su paroxismo en el combate de Paraguarí, en que Lezende a punto de perecer se salva por la aparición providencial de Mandonado, rechazando ambos la ofensiva en su repunte más intenso, y requemando cien mil reos. No faltan cronistas que sugieren que todo ese despliegue de majones escalonados buscaba sólo ocultar y facilitar el verdadero propósito de Namuncurá que era el de entrar en Buenos Aires como Alarico en Roma.

### *El malón de los malones*

Los chasques del desierto exigieron esta vez el último aliento a sus mejores caballos. Un nuevo malón, y el más caudaloso de todos, que quizá podría llevarlos hasta la margen detexha del Salado, se arastro y lanzó en cosa de días.

La Pampa inventó el malón como antes inventara el pampero, el viento que trata a los árboles como si fueran uncós.

No es fácil representarse a pura imaginación el espectáculo que tal vez nunca se dio antes en ningún tiempo o comarca de rebaños y conquista, de invasión saqueo y arreo —híndos, árabes o tártaros— en en tamaño dimensión, al menos.

La Pampa no es llanura sino oraje de llanuras en calma. Y de pronto empiezan a moverse, digo, aparece sobre las tierras mansas toda la salvajina del desierto, gamas de cabeza mocha y venados con su

corona de ramas sin hojas, liebres con las orejas acostadas sobre el lomo, vacunos sin resaca va pañes, mirido, baguales furiosos de galeas, cruces y relinchos, perdices de vuelo intermitente, perros cimarrones, gavotas, una clásica llamada de guerra. Es la vanguardia del maón. Detrás la polvareda invadiendo el cielo en nubarrón de borrasca. Y después, sobre el fondo profundo del tropel, el alerta de los invasores, algo como *ahá... ahá... ahá...* grito que al modo de la salma de los marineros, acompaña y acardencia la faena que aquí es de abordaje y hueratombe. Grito capaz de hacer cruzar los pechos a un calvo, grito que quien lo oyó una vez, se lo guarda en la memoria para siempre.

Y lo que viene después es como el caos organizado y dirigido por el capataz de infierno.

Los ranchos o los cascos de las estancias o los pueblos, son rodeados e incendiados y a los profugos se les corta la retirada usando las lanzas o echándoles las buecadoras a las patas del caballo y clavando al junte sobre el suelo como el ariet de coleccionista clava una mariposa. El saqueo de negocios y hogares se perpetra con la misma huracanada brasa que el castaño de niños y mujeres jóvenes, mientras en todos los rumbos de la ganadería se va cantando, como a sastrero, el gamido de corrales, querencias y arrastres, por decenas y centenas de miles, como las eslabas de una sierra. El odio y la codicia del indio son como dos afluentes de un río que no tiene vado: se sabe con la amenaza pendiente sobre sus tierras, sus mujeres, su libertad misma, y su talión no tiene freno.

Todo amago de resistencia es como pólvora mojada. Por entre fortín y fortín la indiada se cuele como



agua por tacho aguereado. El caballo del soldado se echó en fuga inatajable ante su olor y su grito.

Todo es inútil aunque se viva siempre con el ojo puesto en el horizonte del sadoeste como en un cerrojo, porque el círculo visible es chico y el peligro es sin fondo. El indio es un virtuoso de lo imprevisto. Pisándole los talones al anuncio de su llegada, llega él, cruzado de gritos y lanzas como un jabali cruzado de cerzas y colmillos.

Pero esta vez —entre la Navidad del 75 y el Año Nuevo del 76— el malón fue como la decima ola de las tormentas que sobrepasa a las nueve anteriores. La consideración para el estrago hermano a los rancales de los totorales, los manuelches de los montes, los chadches de las salinas. A eso se encimó el alzamiento de Juan Catriel. No menos de ses mil cerdudos de peca y casi otro tanto para sacudir nogales, digo, para arrear el bestiaje.

Esta vez el malón llegó de todos los rumbos. En casi todos los fortines desde la Blanca Grande a Lavalle las guarniciones fueron pasadas a cuchillo y sus caballos cambiaron de amo. En algunos fortines los fosos fueron cegados presentando en ellos majadas de ovejas como quien amontona colchones y pasando sobre ellas a uña de caballo.

Eso fue ayer o anteayer. Cumplido ya su cometido, el malón está refugiendo pampa adentro. Por horas y horas desde el día hasta perderse en la noche, desfilan las piaras de menguados y rebuuchos tan maravillosos como una garúa: bestias todas que porfían a fondo por recobrar la querencia y que no obstante terminan por marchar en legiones como militarizadas por la bacupa sin esfuerzo aparente de los custodios indios. Son trescientas, cuatrocientas mil cabezas. Todo un

horizonte de crines y astas, una marea montante de magicos y relinchos. Entre las incontables resacas mayores se advierte un parentesco de polvareda: es el ocupado por las treinta mil ovejas que lleva Carrie, para aclimatar la lana en el desierto. Su balido es tal que parece un lamento mojado de lágrimas.

Los guerreros propiamente tales, marchan arreando caigueros o con sus montados rendidos bajo el peso del espolio: fardos de azúcar, yerba o tabaco, barriles de vino, ollas, ropas, cobijas, quincha. Las mujeres y los niños castrados, cuyos padres, esposos o hermanos fueron cribados a cuchillo o lanza van desmayados o en un puro temblor de gemidos. Los caballos indios caminan con los ojos enturbiados de polvo, fatiga y desvelo. Sus jinetes, surta por la vincha roja la larga melena de sombra, casi todos sacados de sangre los cuerpos semidesnudos y las plumas de las lanzas, y algunos semiebrados, menos de grapa que de estrago, parecen aun más horribles que su fama.

Una vez más se ha visto que huir del masón es como rezar en chancletas. Detrás de él quedan ahora algunas decenas de leguas manchadas de crimen, de espanto y espanto como un sajar queda manchado de muerto. Los caranchos y los perros comienzan a tomarse confianza con los cadáveres no refutados del todo. Pero de esto poco se ve porque los invasores han cubierto su retirada con una cortina de incendios cuya humazón acaga al sol y echa una sombra de bermellón y ocre sobre la Pampa.

## El comienzo del fin

Casi basta imaginar que en esta guerra de frontera doméstica el sector cristiano exhibió fallas y menguas documentalmente justificables. El coronel Alvaro Barros senalo en libro estruendoso *Fronteras y territorios de las pampas del sur* la inmorandad reinante en el ejército conjugada con la inmorandad política de la época.

Bastaria como ejemplo el caso documentado por él de un jefe de frontera antropófago, que se alimentó durante años con la carne de un regimiento que él había inventado pero cuyos sueldos y costos cobraba religiosamente. No uno sino muchos cristianos de todo rango, de este lado de la frontera eran aparceros de los pampas o estaban a su servicio, y ello explica claramente la perduración invicta de los malones. El resto debíase a varios factores como era el desconocimiento innacostado del desierto, y el cerrar los ojos a la inferioridad calurosa en calidad y número de los caballos de la civilización frente a los del auka. No fue un acierto, sin duda la llamada *Zanja de Diana* cuya cosmográfica destinación — ¡cien leguas! — estaba ya proclamando su debilidad y su ineptancia.

Se dirá que la aparición del demonio moderno llamado Remington en la fila cristiana, agregado a tel grato y al ferrocarril, agilizaba de nuevo la derrota inevitable de los hijos del desierto. Todo lo cual no nega que sin la evidencia del plan de Roca y su triprochable ejecución la lucha terminada en cuatro o cinco años hubiera demandado décadas.

Namuncura, que ni en desvainado e innellable coraje ni en estrategia militar y política se mostró

inferior a su padre, hizo lo más y mejor que pudo. Comprendió que por razones obvias el estado nacional había pasado a la ofensiva y se batía en retirada, porque así lo ordenaba la suerte. Comprendió que frente al Remington una bata de campal como la de Sierra Chica, Tapalquen o San Carlos equivalía al harakiri, y acudió a la guerra de guerrillas sacando la mayor ventaja posible del mejor conocimiento del medio y de la superioridad del caballo indio atacando de sorpresa casi siempre antes del alba volpeando y desapareciendo y dispersando la caballería enemiga con harta frecuencia.

Y de nada valió, todo eso a la larga. La historia estaba ya definitivamente contra el armamento neolítico.

Así fueron asaltados a domicilio, uno tras otro, los mas invulnerables caciques y así fueron cayendo Fincén, Ramón Catriel, Foyel y tantos otros desde el patriarcal y laborioso Inacaval, amigo entrañable del paleontólogo Moreno, hasta el buracado e intangible Epumer, que remató en peón de estancia.

Porque la conquista hecha en nombre de la Civilización y el Evangelio se mostró tan inmisericorde como bajana. La mayoría de los indios fue masacrada. A los cautivos o rendidos o no se les dio nada o se les otorgó tierras mas o menos desamparadas, cuando no fraudulentas. En ningún caso fueron favorecidos por la ayuda preparatoria indispensable para renouveau de ingreso a la civilización.

Ya en tren de franca retirada Namuncurá echó mano de cualquier artificio para escabullir el bulto, aun a costa de su gente. ¿Es que Napocon hizo otra cosa en su retirada de Rusa en que él hizo de van-

guardia de una retaguardia de cadáveres? En Lihué Calel, parte de la indiada muere combatiendo, y el resto cae cautivo, mientras él lleva ocho horas de delantera en la fuga. En el Neuquén, sacrifica al regreso a su propio parlamentario enviado por él para ganar tiempo. Se refugia al fin en Chile en 1882 y regresa un año después, y se entrega a las autoridades argentinas de la frontera y en junio de 1884 se presenta en Buenos Aires. Algunos le dan cincuenta años, pero tiene ya 73 y viene con su última esposa, la cautiva, Rosario Burgos, linda moza apenas medio siglo menor que su marido.

Después de diez años de diligencias, consigue una dación de tierras para él y su parentela, no en Chimpaz, a la orilla del Negro, según su solicitud, sino en San Ignacio del Neuquén.

Triste es decirlo, pero no está a la altura de su gran pasado bárbaro. Ostenta presuntuosidad, pero ha perdido fatalmente su orgullo. Hasta se deja propinar por el gobierno (¡él que había exigido doscientos millones por las tierras aledañas de Carhué!) con unos quinientos pesos que malgasta infantilmente en golosinas y bicocas. Para peor, persiste en su juego de tahir, llamándose *argentino*, diciéndose *católico apostólico*, o vistiendo un uniforme de coronel más o menos mamarracho.

Pero hubo alguien —recordémoslo para honra de la especie— que salvó entero el honor de la lucha y el de la raza india, puesta ya por debajo del horizonte humano en el resto de América, pero que en la Pampa siguió luchando por su libertad gigantescamente y hasta hundirse junto con ella, aunque no antes de haber infligido al intruso, a lo largo de un siglo, los más

humillantes taliones. Ese hombre fue Baigorrita. No aceptó pactos, ni perdones, ni dádivas, ni cautiverios. Mantuvo su dignidad hasta la hora de la muerte y para después de ella. Murió clavando su lanza en la carne de la ignominia, es decir, de la rapacidad disfrazada de redención y civilización.



# los grandes caciques de la pampa:

- El destierro del indio.
- El caballo del destierro.
- El Gran Fañé-Yanguetruz-Yangueden.
- Batagorúa.
- Callicurá: Rosas-Urquiza-Mitre.
- Bondeau-Baleil.
- Cipriano-Catriel, Cachul, Ramón.
- Mariano Rosas.
- Pineón.
- Salinasque.
- Nannocurá.

*"Hermano, cuando los cristianos han podido nos han matado, y si pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bata fuerte. Pero no nos han enseñado a trabajar..."*

(Mariano Rosas a L. V. Maestillo)



ediciones del candil